

## VI

Martín y Sofía se pusieron de novios casi inmediatamente. La última semana de febrero fue una especie de luna de miel para ambos jóvenes ya que al no cursar más el ingreso a la Facultad pasaban juntos todo el día, excepto cuando él se iba a trabajar al restorán. Por entonces, el chico parecía no extrañar su villa, donde había dejado su casa, sus padres, sus amigos, su playa y a Dolores. “Fue ella la que eligió no estar conmigo”, se decía el joven cada vez que pensaba en su chica geselina.

A Tincho le resultaba raro que estando tan feliz con Sofía seguía recordando a Lola. Quizás, se debía a la frustración que le había generado no haber tenido una oportunidad más con ella y, en ese sentido, pensaba que el final de la historia entre ambos todavía no estaba escrito.

De todos modos, permanecía encandilado por su flamante novia, por quien experimentaba una devoción casi sin límites. No entendía bien por qué lo hacía pero Sofía le resultaba un imán todopoderoso que lo atraía a cada instante, tanto para lo bueno como para lo malo.

Es que la joven tenía un carácter muy especial. De la misma forma en que amaba podía llegar a odiar. Una fundamentalista, podría decirse. Y si hay un lugar ideal para que se conjuguen esas dos fuerzas es precisamente un noviazgo joven, incipiente. Martín nunca había tenido una relación tan íntima con una mujer, por lo que se convertía en arcilla en las manos de ella cuando se acostaban y pasaban toda la noche juntos.

Sofía, que mostraba una fogosa capacidad en la materia, expresaba en esos momentos todo su amor hacia él. Pero la situación era considerablemente distinta cuando se alejaban de la cama. Allí la convivencia era más complicada y en ella

comenzaba a aflorar cierta agresión que se reflejaba claramente en sus enojos y furibundas críticas hacia él.

Esta situación se acentuó en marzo cuando los chicos empezaron a cursar juntos la carrera de grado en la Universidad. Por entonces compartían casi todas las horas de cursada y así el estudio se convirtió en el tema más compartido y, a la vez, un foco de conflicto permanente. Es que ese lugar común era suficientemente amplio para que cupieran otras personas.

Pero aquella situación era del agrado de Sofía, quien tomaba cada clase en la Facultad como una nueva oportunidad para entablar una discusión política más que una lección sobre contenidos específicos de la carrera que figuraban en el plan de estudio.

Él, por su parte, se sentía cada vez más decepcionado porque la mayoría de las veces llegaba a la conclusión de que todo ese debate era una pérdida de tiempo, no porque no tuviera sentido, sino porque creía que el ámbito natural para aquellas discusiones no era el aula, donde, en cambio, sí había que estudiar otros temas más relacionados con la filosofía y las letras.

A este inconveniente se sumaron los horarios irregulares de las clases a las que debían asistir. La mayoría de las materias se cursaban de mañana pero algunas se daban por la tarde, a veces a la siesta y otras cuando ya empezaba a oscurecer. Y esto lo obligó a Martín a trabajar menos horas con Don López, quien, de mala gana, aceptó las ausencias más prolongadas de su empleado ya que sabía cuál era la prioridad del muchacho y ésta estaba realmente justificada.

“Vaya y estudie joven, no sea que termine siendo un bruto como yo”, dijo el jefe a su empleado cuando acordaron que Martín fuese a trabajar de lunes a viernes sólo por la noche y el sábado completo. De esta manera, el joven siguió teniendo libre el

domingo, que lo utilizaba para estudiar aunque resignó bastante dinero de su sueldo porque pasaba muchas menos horas en el restorán.

En ese escenario, Sofia comenzó a pasar todas las noches por el negocio para ver a su novio. A veces cenaban ahí, si es que el joven no lo había hecho antes de comenzar a trabajar como lo hacían los otros empleados del lugar. En otras ocasiones, ella sólo pasaba a buscarlo a la salida. Luego, ambos se dirigían a la casa de ella y se encerraban en la habitación. Constanza ya no se les unía como antes, por lo que la pareja cayó en la peligrosa tentación de crear un pequeño mundo donde sólo cabían sólo ellos dos.

Esa invención, cual pacto de silencio acordado por omisión, funcionó durante casi todo el otoño en el que Martín finalmente entendió parte de las razones de la forma de ser de su novia.

Esta revelación ocurrió una noche cuando, tras varios pedidos de él, los novios fueron a cenar a la casa de los padres de ella, a los que la chica no veía casi nunca porque en la semana cursaba y los sábados y domingos prefería quedarse en La Plata en vez de viajar en tren o colectivo hasta Berazategui.

Martín no entendía por qué ella hacía eso. Por qué mantenía a su familia tan alejada de su vida personal. No era que él tomaba una postura muy diferente pero, al menos, tenía la excusa, y a la vez la razón, de estar separado por una gran distancia. Además, él sí extrañaba su hogar, no tanto a sus padres, pero definitivamente le hacía falta el aire y la energía de la villa. Además, él, aunque sea de tanto en tanto, hablaba sobre ellos, mientras ella seguía prefiriendo un silencio misterioso.

La noche de la cena, Martín y Sofia se tomaron el tren Roca en la estación platense y viajaron unos cincuenta minutos hasta la de Berazategui, desde donde tomaron un colectivo que los dejó unas cuatro cuadras de la casa de los padres de ella, el vasco Fernando Olazábal y su esposa Estela Figueroa.

El matrimonio vivía en una casa baja, tipo americana, de paredes lisas, revocadas y pintadas de un beige tenue que se conjugaban con los postigos de madera barnizados de las ventanas del frente. Un pequeño jardín con algunas flores y una entrada de auto que hacía las veces de patio eran el preámbulo desde la vereda hasta la puerta principal.

Era un barrio típico del conurbano bonaerense, muy similar a la vecina localidad de Quilmes que había acogido a Martín de niño aunque éste ahora tuviese un vago recuerdo de cómo lucían aquellos lugares. De todos modos, esa difusa imagen perdida en su memoria le trajo un sentimiento de familiaridad. Reconoció las calles de hormigón, no de asfalto, y las veredas angostas, muchas de ellas en mal estado y adornadas con pequeños parques ocupados por pasto y algún que otro arbusto bajo.

La maqueta de aquel modelo se completaba en la esquina con el almacén, que incluía carnicería y verdulería; en la otra cuadra la juguetería y bazar; al lado el quiosco; en frente la farmacia y en un radio de dos o tres manzanas a la redonda la estación de servicio.

Sofía nunca le había contado a su novio si tenía hermanos o hermanas, por lo que Martín sospechó hasta esa noche que ella era hija única y así no se sorprendió al ver sólo a los padres en el interior de la casa familiar.

La joven estaba tensa por el encuentro pero no porque se avergonzara de su novio. La misma intensidad se reflejaba en los rostros de los padres de la chica e, inclusive, en el ambiente del hogar, como si algo muy malo hubiese ocurrido o estuviese por suceder y el aire se tornaba denso y oscuro.

Los cuatro se sentaron en el living comedor alrededor de una rectangular mesa de fórmica color nogal y en la que lucía una gran fuente de pollo al horno con papas que había preparado Estela.

-Me ha contado Sofi que usted es de Villa Gesell. ¿Lindo lugar? Nunca tuve la oportunidad de conocerlo -arrancó el vasco Olazábal, serio, pero con la clara intención de romper el hielo-. Una lástima, porque me dijeron que tiene unas hermosas playas y pinares.

-Sí, es muy linda la villa. Hay mucha arena, mucho mar y mucho verde. Pero, sobre es todo, es muy tranquila.

-Seguro que más tranquila que aquí. ¿Conocía esta zona?

-En realidad, mis padres son inmigrantes italianos y primero se instalaron acá cerca, en Quilmes, donde nacimos con mi hermana mayor. Y recién cuando yo cumplí los nueve años me mudé a la costa.

-¡Que curioso! Se podría decir que hasta fuimos vecinos. Porque nosotros siempre vivimos aquí y también tenemos familiares en Quilmes.

-Tengo algunos recuerdos de mi infancia en los que mi padre me traía a Berazategui cuando iba a visitar a unos amigos que trabajan con él. Por lo poco que vi es un lugar que creció muchísimo en los últimos años.

-Se lo aseguro. Ha costado mucho trabajo pero la ciudad está progresando cada vez más. ¿Y su padre a qué se dedicaba?

-Trabajaba en la *Rigolleau*, en el mantenimiento de las máquinas. Y ahora, en Gesell, en un taller mecánico.

-Así que es mecánico. Un oficio muy importante aunque ahora está un poco dejado de lado con el avance de la tecnología. Pero no hay mal que por bien no venga, ¿cierto? Ahora, gracias a esos desarrollos el sector que más está creciendo es la construcción, ¿sabe?

-No, no lo sabía.

-Yo tengo un corralón que fue fundado por mi padre y que quedó a mi cargo cuando él murió hace ya muchos años -dijo el vasco y luego marcó una pronunciada pausa como si hiciera esfuerzo por recordar y poder continuar.

-Gabriel me ayudaba mucho pero ahora tengo a mi hermano y a mis sobrinos que me dan una gran mano. Es un negocio modesto pero próspero y que nos permite salir adelante a todos -agregó.

Mientras Olazábal interrogaba a Martín, Sofía y su madre comían casi sin pronunciar palabra aunque seguían el diálogo entre ambos hombres con la mirada, como si procuraran posar sus ojos sobre una pelotita de tenis en pleno partido. Evidentemente, el jefe de la familia inspiraba un profundo respeto y admiración en su mujer e hija, por lo que rara vez comentaban lo que acababa de decir y menos aún lo interrumpían. Martín pensó en preguntarle quien era Gabriel pero sintió vergüenza y un poco de miedo, así que decidió consultarla a su novia una vez concluida la cena, la cual transcurrió lentamente, por lo que joven invitado tuvo que responder muchas preguntas y relatar, aunque se de manera escueta, grandes pasajes de su vida.

Al terminar el café, Sofía y Estela levantaron la mesa y luego la joven condujo a su novio hasta el sillón del living mientras sus padres lavaban los platos en la cocina. En realidad, la mujer lavaba y su esposo secaba y colocaba cada uno de los utensilios en su correspondiente lugar en las alacenas y aparadores.

Sofía estaba en silencio, de hecho y para sorpresa del joven, había permanecido la mayor parte del tiempo muy callada, como incómoda con toda la situación.

-Perdón si insistí de más en conocer tu casa y a tus padres, y sin querer te obligué a asumir un compromiso que no querías.

-No te preocupes. Ése no es el problema. Además, hacía mucho tiempo que no venía y en el fondo tenía ganas de hacerlo -respondió ella, formal.

-Bueno, me quedo tranquilo entonces.

-Sí, relajate-señaló la joven mientras colocaba la palma de su mano derecha debajo de la de él y con la otra izquierda le daba palmaditas sobre la cara posterior, a la altura de los dedos. Martín, quien seguía buscando a su novia con la mirada, hizo una pausa y suspiró profundamente.

-Sofí, ¿te puedo preguntar algo?

-Sí, ¿qué?

-¿Quién es Gabriel?

Si antes de escuchar esa pregunta el rostro de Sofía estaba serio, ahora parecía haberse petrificado, como si fuese una estatua. La joven volvió a guardar silencio durante unos instantes y luego tragó saliva.

-Prometeme que no se lo vas a contar a nadie. Sólo Coti y ahora vos lo saben.

-Te lo prometo.

-Gabriel era mi hermano mayor que murió en Malvinas.

En ese momento Martín sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo, como si lo hubiesen sumergido en una bañera con agua helada. Abrió la boca para realizar un comentario pero al no poder hallar las palabras más adecuadas rápidamente prefirió callar.

-Por eso, al terminar el colegio decidí irme a vivir a La Plata y casi nunca vuelvo. Cuando estoy en esta casa, el recuerdo de Gaby está presente todo el tiempo y en cada uno de los rincones. Y es muy duro, muy triste. Pero a veces siento cierta culpa porque dejo a mis padres solos....

-Bueno, tranquila. Estoy seguro que ellos te entienden -dijo él mientras rodeada a su novia con sus brazos y la inclinaba hacia su pecho donde ella dejó caer su cabeza y comenzó a llorar, por primera y única vez delante de Martín quien en ese momento

recordó la historia que le habían contado recientemente en la Facultad sobre un estudiante que se ofreció como soldado voluntario y al volver de la guerra no hablaba con nadie y reaccionaba violentamente, incluso con agresiones físicas, por cualquier motivo, razón por la cual, terminó internado en la clínica psiquiátrica Colonia Montes de Oca, donde permanecía todo el día encerrado y dopado, sin poder ver a ningún familiar o amigo, los que, en vano, albergaban la remota posibilidad de que algún día fuese dado de alta.

Eso debe ser peor que estar muerto o desaparecido porque esas personas, si bien están físicamente presentes, dejaron de existir de la forma en que lo había hecho toda su vida, pensó Martín y, a su vez, entendió que mientras los padres de su novia habían quedado como momificados por la muerte de su hijo, Sofia optaba por el camino de la negación y se mostraba en público con un ánimo muy diferente al que le dictaban sus sentimientos más profundos.

Pero las palabras ya no tenían cabida en ese momento, por lo que ambos se quedaron un largo rato recostados en el sillón. Por la ventana se podían ver las amarillentas hojas de los paraísos recorrer el aire revuelto, anuncio de que el invierno estaba cada vez más cerca.

El frío de La Plata parecía ser aún más crudo que el de la villa aunque en ambos lugares la presencia cercana del agua mantenía el aire cargado de una humedad que calaba hondo, hasta los huesos. Entonces Martín entendió que el invierno se puede tornar violento ya sea al lado del mar como del río.

El joven salió temprano de la fonda de Don López ya que el duro clima había ahuyentado a los clientes que prefirieron cenar en la comodidad y calor de sus hogares. Era un miércoles de fines de junio y, si bien tenía que estudiar porque estaba en época

de segundos parciales, aprovechó que por una vez en mucho tiempo podía dejar su trabajo antes de la medianoche para dirigirse a la casa de Sofía.

Pero en el camino sintió tanto frío que decidió pasar primero por la pensión para ponerse una campera más abrigada y, de paso, llevarse unos libros a lo de su novia para estudiar juntos. Cuando entró a lo del señor Torrado el lugar estaba inmerso en un silencio sepulcral, de hecho, el *gaita* se había quedado dormido sentado detrás del mostrador, cubierto por una frazada y al costado de la estufa eléctrica.

Martín procuró no hacer ruidos para no molestar al dueño de la pensión, por lo que lentamente caminó en punta de pies hasta detrás del mostrador donde quería tomar las llaves de su habitación. Es que el joven era bastante despistado y prefería dejárselas a Torrado -quien permanecía todo el día atento a su trabajo- a llevarlas consigo con la muy probable posibilidad de extraviarlas.

Aquel hombre estaba como desmayado sobre la silla y había colocado sus piernas bien estiradas hasta apoyar los talones en uno de los estantes inferiores del mostrador, por lo que terminó montando una especie de barrera que impedía acceder fácilmente al tablero de la pared lateral al mueble de cual colgaban las llaves de las piezas en sus respectivos clavos.

Martín se paró junto a las piernas estiradas de Torrado, inclinó su torso por arriba de las mismas, colocó su mano derecha en el mostrador para apoyarse y lograr equilibrio, y estiró con fuerza el brazo izquierdo para alcanzar el tablero.

El joven casi no respiraba porque no quería hacer el menor sonido, la noche era tan cerrada y oscura que los demás pensionados parecían haber desaparecido silenciosamente dentro de sus habitaciones. Con esfuerzo, alcanzó sus llaves y cuando erguía su cuerpo victoriosamente sonó el teléfono sobre el mostrador.

La sorpresa y el susto fueron tales que Martín perdió el equilibrio y cayó sobre las piernas de Torrado, quien se despertó sobresaltado. “¿Qué coño pasa aquí?!” gritó el hombre con una mezcla de miedo y bronca.

El joven salió de un salto de encima del español que lo miraba extrañado.

-Vine a buscar mis llaves y sonó el teléfono señor Torrado, sólo eso.

-Pues si ya tienes las llaves hazte a un lado de una buena vez así atiende. ¡Joder!

El dueño de la pensión se reincorporó con llamativa destreza, teniendo en cuenta que era un hombre grande, fornido y pesado, y tomó el tubo del teléfono. Martín ya había empezado a caminar hacia el largo pasillo que conducía a su habitación pero apenas realizó unos pasos escuchó al español pronunciar su nombre, por lo que dio media vuelta. “Es para usted joven. Procure hablar bajo que ya es tarde y la gente duerme”, le dijo Torrado detrás del mostrador y extendiendo su brazo para acercarle el tubo del teléfono.

-Hola. ¿Quién habla? -preguntó Martín extrañado porque su novia nunca lo llamaba a esa hora y mucho menos sus padres que ya debían ir por el quinto sueño.

-¿Martín? Soy Dolores

-¿Dolores?

-Sí, ¿no te acordás? ¿Ya no me reconocés la voz?

-Sí. ¡¿Cómo no me voy a acordar?! Pasa que me sorprendiste. Es tarde. ¿Vos cómo estás? ¿Está todo bien? ¿Te pasó algo?

-Quedate tranquilo. No me paso nada malo. Está todo bien. Sólo quería hablar con vos sobre algo importante.

-Menos mal. Me asustaste. Pero no hay problema. Decime. Te escucho -dijo él en voz baja y apoyando el codo del brazo de la mano que sostenía el tubo del teléfono sobre el mostrador.

-Bueno, desde que nos vimos la última vez me sentí muy mal porque no te dije todo lo que pensaba y sentía. Encima vos después te fuiste y no volviste más a la villa, y como ya pasó bastante tiempo y me cansé de esperar el momento oportuno para hablarte, te llamo ahora.

-¿Por qué te quedaste mal? ¿No me dijiste que no seguir viéndonos iba a ser lo mejor para los dos por el problema de la distancia?

-Sí. Ya sé que ésa fue la razón que te di. En ese momento creí que era lo mejor pero después me di cuenta que estaba equivocada.

-Yo siempre sospeché que ése no era ése el verdadero problema sino una excusa y que había otra razón de por medio.

-¿Y por qué no me lo dijiste o me preguntaste si había otro motivo?

-Es que no me diste muchas oportunidades que digamos. Rechazaste mi invitación desde el primer momento y eso no me cayó para nada bien.

-Lo sé. Me di cuenta de que en esa charla estuve con cara de culo y te hablé mal. Perdoname.

-Está todo bien. Olvidate. Ya pasó.

-Ése es el problema. Que no me puedo olvidar -enfaticó Dolores, quien evidenciaba una voz cada vez más tensa al punto de cortarse como un hilo-. Yo te quiero Martín -agregó entre sollozos y algo entrecortado.

El joven se quedó prácticamente mudo ante las palabras de aquella chica desesperada. Sonaban tan irreales que creía que se trataba de una broma de mal gusto, de esas que sólo buscan hacer sentir mal a las personas y no causan ni la menor gracia.

-¡Te quiero! ¡¿Entendés?! -exclamó ella llorando.

-Sí. Entiendo cada una de las palabras que me estás diciendo pero lo que no entiendo es por qué lo estás diciendo justamente ahora ¿No te parece un poco tarde?

-Sé que pasó mucho tiempo pero no aguantaba más. Más vale tarde que nunca,  
¿no?

-Sí, pero ahora....

-¿Qué pasa ahora? ¿Cuál es el problema?

-Que es injusto.

-¿Qué es injusto? ¿La situación?

-Sí y... -comenzó a decir el joven dubitativo y confundido.

-No digas más nada, Martín. Vos no sentís lo mismo por mí y listo.

-No es tan así.

-Entonces, ¿me querés?

-Claro que te quiero pero es un poco más complicado ahora...

-Ya sé: estás con otra.

-Sí, y no quería ocultártelo.

-Está bien. Entiendo.

Martín levantó los brazos del mostrador y se puso de pie, firme como un granadero y apretando fuerte el tubo del teléfono como si fuese un fusil.

-La verdad es que estoy muy bien con ella. Pero me encanta lo que me acabas de decir. Hace cinco meses hubiera dado cualquier cosa por escucharte decir que me querías. Pero ahora no puedo hacer otra cosa. Perdoname, no sabes cuanto me duele llegar a esto.

De otro lado se oían como Dolores lloraba desconsoladamente, desnudando su alma por completo, algo atípica en su sereno carácter.

-Perdón. Pero tiene que ser así. Me gustaría que fuera diferente, créeme.

-Lo sé, lo sé -dijo ella, temblorosa-. A mi también me gustaría que todo fuera diferente.

-Pero lamentablemente no lo es.

-Bueno, discúlpame que te llamé tan tarde y te hice pasar por todo esto.

-No te preocupes. No hay problema. Espero que ahora que me contaste lo que te estabas guardando te sientas mejor.

-Gracias. Creo que me saqué un peso de encima. Y algo más: vos no te sientas culpable. Yo tendría que haberte hablado en su debido momento.

-Ya está. Lo hecho, hecho está. ¿De qué sirve arrepentirse ahora?

-De nada.

-Exacto. Así que quedate tranquila.

-Tenés razón -Dolores hizo una pausa para sonarse la nariz-. Bueno, te dejo así te vas a dormir. Que sigas bien y nos vemos cuando vuelvas a la villa.

-Dale. Cuidate. Un beso.

-Besos -finalizó Dolores casi suspirando.

El joven apoyó el tubo del teléfono y sintió que el sudor le recorría cada rincón de su cuerpo. Se quedó parado junto al mostrador, callado, con la mirada fija en la nada misma, pensando. A pocos metros de él estaba el señor Torrado, recostado sobre el sillón del hall de entrada. Casi dormido. Buscando el sueño. Curiosa situación ya que a Martín se le acaba de presentar uno del cuál no había podido apoderarse y que se le terminó escapando entre las manos.

## VII

La oscuridad y el silencio de la gélida noche geselina sólo eran interrumpidas por las desgarradoras lágrimas de Dolores. La joven estaba tirada boca abajo sobre su cama. Apoyaba el lado izquierdo de su rostro sobre la almohada y miraba perdida hacia la mesita de luz donde estaba tumbado el porta retrato en el que se podía ver la fotografía que la mostraba a ella, Martín, Leo, Caro, Javier y Belén y otros amigos cabalgando por la playa.

Esa foto se la había conseguido su hermana, quien no estaba de acuerdo con incentivar la relación de Dolores con Martín pero que finalmente había sucumbido ante los reiterados e insistentes pedidos de Lola. La imagen había sido captada por Caro, quien junto a Leo sí trataban de acercar a la pareja. De hecho, él fue quien aportó el número de teléfono de la pensión en La Plata.

Leo había querido contarle a Dolores que su amigo ahora estaba de novio pero como Caro tampoco lo sabía prefirió guardar silencio y mirar para otro lado, a la espera de que aquella situación quedara al descubierto por sí sola.

-¿Qué te pasa? -preguntó Belén, preocupada, al entrar a la habitación donde su hermana seguía recostada.

-Nada.

Belén miró la fotografía tumbada y de inmediato entendió lo que acababa de ocurrir. Conocía muy bien a Dolores y, si bien ésta no le hablaba mucho sobre Martín porque no quería escuchar las críticas de ella, estaba al tanto de toda la situación.

-Hablaste con él, ¿no? ¿Qué te dijo?

-Me dijo que está de novio. Soy una tarada. Lo llamo para por fin decirle que lo quiero y él está con otra. Y lo peor de todo es que admitió que me quiere pero que ahora no puede hacer nada, que ya es tarde.

-No sos una tarada. Él es el tarado. Ya te lo dije: no es un chico para vos, es un chanta. Tenés que olvidarlo. Además, pensá que en unas semanas te vas de viaje de egresados con tus amigos, a divertirte, a conocer gente nueva, que no sea de la villa.

-¿Qué tiene que ver eso con lo que me pasa con Martín?

-Lo que te quiero decir es que abras tu cabezota y aceptes que también hay otras cosas fuera de Gesell. Él sí lo entendió y, dentro de todo, no está tan mal. A mi me también me gustaría salir, aunque sea por un tiempo, de acá y conocer lugares y personas nuevas.

-Pero... ¿y Javier?

-Está todo bien con Javi pero él piensa distinto a mí. Por eso, a veces, me arrepiento de no haber ido a estudiar a una Universidad más lejana en vez de quedarme a trabajar con papá sólo para contentarlo a él.

-Sí, lo sé. Y te entiendo. A mi me pasa algo parecido, pero con Martín no sé bien de qué se trata. Es como si fuera una sensación que no la puedo controlar. Es más fuerte que yo. Mirá que trato de no pensar en él pero no hay caso.

-¿Qué te dicen Caro y Leo del tema?

-Yo sé que a ellos les gustaría que yo esté con Martín porque lo quieren mucho. Pero Caro también me cuenta que él es una persona complicada con las mujeres y que también le gusta mucho la joda. Nada nuevo y que yo no sepa.

-¿Y Leo no te dijo que su amigo estaba de novio?

-No. Cuando me dio el número de la pensión no me dijo nada. Igual, yo tampoco le pregunté. La verdad es que no me lo imaginaba o quizás no lo quería pensar para no ponerme mal.

-¡Que tarado! Estoy seguro que él lo sabía y no quiso decir nada para protegerse entre ellos.

Dolores miró a su hermana con su rostro colorado y sus ojos irritados. Con la voz algo rasgada le agradeció a Belén su apoyo y le prometió que haría todo el esfuerzo posible para olvidarse de Martín.

Apenas abrió los ojos, Martín miró hacia la ventana asomando su rostro hasta la nariz por arriba de la frazada. Estaba tan oscuro que podría haber jurado que era de noche pero no, eran las 7.30. Los días se acortaban demasiado en la primera semana de julio cuando, paradójicamente, el joven no encontraba el tiempo suficiente para afrontar todos sus quehaceres.

Salió de la cama caliente y tiritó unos instantes. Su cuerpo estaba acostumbrado a las bajas temperaturas que lo habían curtido en la villa durante muchos inviernos poco amables. Con una buena y gruesa manta le alcanzaba para cobijarse y tampoco era de aquellas personas que se dejaban puestas hasta las medias para dormir. Al contrario, cuánto menos ropa, más comodidad.

Mientras tomaba unos mates junto al señor Torrado en la cocina de la pensión, el joven ganaba en nerviosismo ya que esa mañana debía rendir un parcial bastante difícil y por el que prácticamente no había dormido. Últimamente le resultaba cada vez más difícil estudiar, no por que los contenidos fuesen complicados sino porque el trabajo en lo de Don López y su demandante relación con Sofía le consumían sus energías y la mayor parte del tiempo. Por eso había decidido tomarse el sábado libre en la fonda y

viajar el fin de semana largo por el feriado del 9 de Julio a Villa Gesell y así distenderse un poco y recuperar algo de energía.

De hecho, había invitado a su novia a que lo acompañara y conociera a sus padres y amigos. Además, creía que a ella también le haría bien el viaje. Pero la joven no estaba muy convencida y había quedado en responder a su ofrecimiento ese mismo viernes, después del examen.

Apurado, Martín llegó a la Facultad donde Sofía ya lo esperaba en la puerta del aula. Se la veía contrariada, con un gesto de angustia en su rostro blanco y suave. Su mirada habitualmente dulce y gentil había dejado su lugar a una especie de visión perdida en espacio y tiempo. Debe estar de mal humor porque no pudo estudiar mucho, especuló Martín al tiempo que la besaba brevemente en la boca y la rodeaba con sus brazos.

-¿Pudiste estudiar? -preguntó ella.

-Algo, no mucho. Anoche trabajé hasta tarde como el resto de esta semana porque tuve que compensar las horas que no voy a trabajar el sábado. ¿Ya decidiste si venís conmigo?

-Te dije que te respondía después del examen.

-Ya lo sé. Sólo preguntaba. Igual, si hoy llegás a rendir mal y vas a recuperatorio, como creo que me va a pasar a mí, ¿cuál es el problema? Estudiamos juntos en Gesell, tal como lo hacemos acá.

-Digamos que hasta ahora no nos va tan bien estudiando juntos.

-¿Qué querés decir?

-Que cada vez que estamos juntos lo que menos hacemos es estudiar. Nada más que eso.

-No me parece. Pero no creo que este sea el momento para hablar del tema. Mejor entremos y charlamos después de rendir, así también arreglamos que hacemos el fin de semana.

El parcial resultó ser más fácil de lo que Martín esperaba, por lo que su tensión fue desapareciendo a medida que iba contestando cada una de las preguntas. En cambio, Sofía, sentada en el otro extremo del aula, como lo hacía habitualmente al lado de Constanza, resoplaba y movía la cabeza de un lado al otro en un claro gesto de negación.

Ella era una buena estudiante, inteligente y capaz. Le gustaba la carrera y sus contenidos, y obtenía buenos resultados en sus exámenes. Sin embargo, a veces se auto exigía demasiado, como si buscara probarle a todos que ella era brillante. Y eso la frustraba porque, evidentemente, nunca se pueden satisfacer esas exageradas pretensiones de la mente.

Y esas presiones venían de su padre que, sin darse cuenta, buscaba que su hija reemplazara a su hijo perdido. Claro que Sofía también se prestaba a ese juego malvado e insalubre. Pero en este caso, el dolor de la muerte parecía justificarlo todo mientras que para Martín no había una razón lo suficientemente válida para apoyar la postura del vasco Olazábal, quien pretendía que su hija lograra lo que él y su hermano nunca habían podido alcanzar.

Los novios terminaron el parcial casi al mismo tiempo y luego se dirigieron hasta el bar de la esquina de la Facultad a tomar un café, fumar un cigarrillo y charlar sobre cómo iban a ser sus próximos días.

-No creo que me haya ido bien en el examen. Así que prefiero no viajar para poder descansar y así la semana que viene preparo bien el recuperatorio.

-No te entiendo. Primero, no te dieron la nota del examen así que no sabes si vas a recuperatorio. Y segundo, la idea de ir a Gesell es justamente descansar. ¿Cuál es el problema?

-Ninguno. Prefiero quedarme. Además, a vos te va a hacer bien que estés unos días solo, con tus padres y tus amigos. Si voy, estaría siempre en el medio y sabés que eso no me gusta.

-Otra vez la misma excusa. Ya te dije que quiero que vengas y que vos nunca estás en el medio de nada.

-No es una excusa.

-Bueno, suena muy parecido a una. Pero no importa. Si no querés venir, no lo hagas, quedate, no me enojo. Pero ahora no puedo seguir discutiendo porque ya tendría que ir a comprar los pasajes para salir esta noche.

-Está bien. La seguimos cuando vuelvas. Te acompaño a la terminal, ¿querés?

-Dale.

Martín y Sofia salieron del bar tomados de la mano pero casi sin hablar. De tanto en tanto cruzaban miradas y parecía que uno de los dos iba a pronunciar alguna palabra o frase que finalmente era desechada antes de exteriorizarse. En ciertos casos, el silencio es lo más saludable porque a nadie le gusta arrepentirse de lo que se dice en caliente. Sin embargo, hay otras situaciones que contienen un momento preciso para dialogar. Son oportunidades que caducan rápidamente y no se vuelven a presentar.

El joven compró su pasaje de ida y el de vuelta para el lunes a la noche, y en ningún momento volvió a insistir para que ella lo acompañara. Por su parte, Sofia ya se había decidido sobre esa cuestión y también de otras, aunque él aún no había advertido cuáles eran estas últimas.

Rita escuchó los tenues golpes en la puerta y reconoció la mano de su hijo. Eran los primeros minutos después de las seis de la mañana y a través de la ventana que daba al living se podía ver la negrura del cielo. Ella descansaba en el sillón, por lo que se envolvió con la bata y caminó ligero para abrirle a Martín. “Perdón que te hice levantar. Me olvidé las llaves en La Plata”, le dijo él y luego de cruzar el umbral la abrazó.

A la mujer se le dibujó rápidamente una sonrisa en el rostro, miró fijamente a su hijo, lo besó en la frente y le devolvió un fuerte abrazo. “¡Qué lindo que sos!” exclamó ella.

Martín se sentó en la mesa de la cocina tratando de no hacer ruidos que despertasen a su padre. Era sábado, por lo que Augusto entraba a trabajar un poco más tarde en el taller y aprovechaba para dormir algunas horas más.

Mientras su madre colocaba la pava sobre la hornalla para cebar unos mates, el joven se acomodó en la silla y vio que el sillón se había convertido en una cama ya que estaba cubierto con una sábana, una frazada y una almohada.

-¿Por qué dormiste en el sillón?

-Tu padre anda con dolores en la espalda y tiene que dormir estirado, así que ocupa toda la cama. Se siente molesto y me termina molestando a mí. Por eso, cuando tiene una mala noche me voy al sillón. Nada grave.

-¿Y fue el médico a revisarse el dolor en la espalda?

-¿No lo conoces a tu papá? Claro que no fue.

-Veo que algunas cosas no cambian.

-No, no cambian, Tampoco tienen por qué hacerlo.

-Bueno, no entremos en la misma discusión de siempre. Que vos y él crean que no tienen por qué cambiar no quiere decir que la vida sea siempre así para el resto del mundo.

-No discutamos. Lo bueno es que estás acá después de mucho tiempo y no sabes cuánto me alegra. Se siente tu ausencia.

-¿Él la siente?

-Claro que sí. No lo demuestra tanto como yo, pero sé que sí lo siente. Para él tampoco son fáciles las cosas sin vos en la casa.

-Me imagino. Ésa es una de las razones por las que no vengo tan seguido. Si seguía más tiempo acá me iba a convertir en él. Y no quería eso. Espero que lo entiendas.

-¿¡Cómo no te voy a entender?! Sos mi hijo y a él lo conozco hace más de treinta años.

Martín guardó silencio y se quedó pensando. Apoyó los brazos en forma cruzada sobre la mesa y dejó caer su cabeza sobre ellos. Rita le acercó un mate y le ofreció bizcochitos. Así, entre verdes y grasa, madre e hijo pasaron un largo rato callados hasta que el joven se fue a dormir a su habitación. Quería estar descansado para ir a visitar a Leo después de almorzar y arreglar para la noche, cuando Caro planeaba festejar su cumpleaños.

Leo estaba recostado sobre su cama cuando llegó su amigo. Martín se arrojó sobre él y, como lo hacían desde los días del secundario, se tomaron a golpes en broma. “¡Qué bueno verte!”, dijo el huésped mientras se reincorporaba y paraba junto a la puerta. “Lo mismo digo. ¡Cómo se te extraña!”, respondió el anfitrión tratando de levantarse.

Al cabo de un rato, los muchachos salieron rumbo al centro porque Leo todavía no le había comprado un regalo de cumpleaños a su novia. Pasaron toda la tarde de local

en local buscando una remera para Caro. Mientras compraban, los amigos se pusieron al tanto de sus vidas que, más allá de la distancia, siempre parecían estar cerca.

-Vos le diste mi número de la pensión a Dolores, ¿no?

-Sí. Me lo pidió Caro porque Dolores le insistía permanentemente. Esa chica no hizo más que hablar de vos todo el invierno.

-Me imagino.

-Che, ¿pero qué le dijiste? Porque se quedó re mal. Peor que antes de llamarte.

-Pará, pará. Yo no le dije nada malo. Ella fue la que me llamó y se descargó con un montón de cosas.

-¿Pero de qué hablaron?

-Ya sabés de qué. Ella me dijo que me quería, que estaba arrepentida de haberme cortado el rostro y yo sólo le conté que estaba saliendo con otra chica, nada más.

-Está bien, no daba para mentirle.

-Y no. Preferí decirle la verdad porque me di cuenta que estaba muy enganchada. Además, yo soy el que no entiende porque cuando la encaré la última vez ella me rebotó.

-Las mujeres son así. No te van a decir las cosas directamente. Siempre dan vueltas. Y uno tiene que aprender a interpretar sus mensajes en clave.

-Ya sé. Pero nunca tuve la paciencia suficiente para hacer eso.

-¡Qué lástima! Pero más te vale que aprendas algo de acá a la noche porque Dolores va a estar en el cumpleaños de Caro.

Martín no se sorprendió de lo que su amigo le acababa de decir. De hecho, sabía que en algún momento del fin de semana se iba a encontrar con Lola. Quizás fue esa la razón por la que no se enojó tanto con Sofía cuando ella rechazó su invitación de viajar a la villa con él. La verdad es que quería ver a su amor de verano, aunque no estaba

seguro de cómo iban a reaccionar ambos después de la última charla y eso le daba un poco de temor.

Tras salir de compras con su mejor amigo, Martín regresó solo a su casa, se echó sobre la cama y comenzó a divagar, tratando de anticipar lo que podía llegar a ocurrir esa misma noche. Se le ocurrieron muchas ideas pero ninguna lo tranquilizó porque no le parecían posibles.

La casa de Carolina estaba ubicada en el corazón de la villa. Era un barrio sencillo, con varios médanos adornados con pinos y tan cerca de la avenida 3 como del bulevar, las dos principales arterias de Villa Gesell. Era un enorme alpino de paredes pintadas de blanco, con techos de tejas negras que hacían juego con el tono oscuro de las ventanas y puertas. La construcción se había levantado en el punto más alto del terreno, exactamente a la mitad de su extensión, por lo que tenía un jardín trasero tan amplio como el delantero.

Era una noche fría, por lo que los invitados estaban dentro de la vivienda, la mayoría de ellos, junto a la chimenea. No eran muchos: había chicos del *Botger*, del *Vives* y otros conocidos de la villa. En el living, sentados en los sillones, estaban Caro, Leo, Belén, Javier y, obviamente, Dolores.

Se acercó y los saludó a todos, a la cumpleañera y su novio con más afecto que al resto, que no precisamente estaba de su lado y aprobaba su presencia en el lugar.

Ese grupo reducido estaba escuchando por la radio el partido de River contra San Lorenzo. Javier, fanático del equipo *millonario*, no despegaba sus oídos del parlante. Martín también se quedó escuchando y, como buen hincha de Boca, deseaba que los riverplatenses perdieran.

Se sentó junto a Javi, mientras que Belén y su hermana se quedaron del otro lado del sillón charlando entre ellas, aunque de tanto en tanto guardaban silencio para saber cómo iba el partido. Ambas decían que eran *xeneizes* pero nunca antes habían mostrado ni el más mínimo interés por el fútbol.

En tanto, el resto de los invitados estaba ubicado en el otro extremo del amplio ambiente, en la cocina, alrededor de la mesa repleta de comida y bebidas, y escuchando música.

Martín y Dolores no habían cruzado más que un saludo cordial pero con el correr de los minutos ella comenzó a seguir con más atención el desarrollo del partido que se disputaba en la cancha de Vélez, donde San Lorenzo jugaba de local. La joven se agitaba y movía entusiasmada al compás de cada una de las alternativas de riesgo frente al arco azulgrana.

-¿Pero vos no eras de Boca?-preguntó Martín, sorprendido, a una Dolores que le resultaba desconocida por lo eufórica.

-Sí. Pero no quiero que gane San Lorenzo. No me gustan los canallas. Además, River está jugando bien.

-¿Canallas? ¡Jajá!, esos son los de Rosario Central. Habrás querido decir “los cuervos”, como le dicen a los de San Lorenzo.

-Bueno, me confundí. Pero vos me entendiste.

Cuando el equipo local se puso en ventaja promediando el primer tiempo con un gol de “la chancha” Jorge Rinaldi, Martín no pudo ocultar su alegría, pero no dijo nada porque no era su costumbre festejar los goles en contra de River y sus derrotas, en especial delante de hinchas *millonarios*, por una simple cuestión de respeto.

Pero faltando poco para que terminara el partido, “el príncipe” Enzo Francescoli empató con un tanto de tijera, por lo que Javi lo gritó con todo y de frente a Martín, como si se tratase de la final de un Mundial, al tiempo que se abrazaba con Dolores.

El resentimiento en las palabras y actitudes de Lola quedó en evidencia tan claramente que hasta al final del partido se produjo un silencio prolongado entre todos los que ocupaban el living. Al cabo de un rato volvieron los comentarios desubicados, aunque de manera más espaciada. Sin embargo, ante cada uno de ellos, él la miró, sonrió y prefirió no responder porque su enojo no era el mejor instrumento a la hora de hablar.

El partido terminó 1 a 1 y nadie se quejó. De hecho, se impuso en el ambiente cierta paz y tranquilidad. Quedamos a mano, pensó Martín mientras ella trataba de no hacer contacto visual él.

Al finalizar el encuentro futbolístico ya no quedaban invitados excepto por Leo, Javi, Belén, Dolores y Martín. Situación incómoda cuando la agasajada decidió jugar al truco de seis y con pica-pica. Evidentemente, el destino de esa noche no le iba a guiñar un ojo a Martín ya que le tocó jugar contra Lola.

Cada enfrentamiento fue un sinsabor para él porque la joven no paraba de hablarle en tono burlón, haciendo chistes hirientes y riéndose como loca.

Afortunadamente, los demás presentes también se sintieron incómodos ante esa situación, por lo que aceleraron la partida para que ésta terminara lo antes posible y luego partir hacia algún bar del centro.

Finalmente, los seis fueron a *La Jirafa Roja*, donde los aguardaban otros de los invitados a la fiesta que habían decidido irse de la casa de Caro un rato antes. Martín aprovechó la ocasión para saludar a gente conocida de la villa y así apartarse de su grupo por unos minutos.

En un momento de la madrugada Leo se le acercó y le dijo que se iba del bar con Caro, Belén y Javi, pero que Dolores se quedaba un poco más.

-¿Por qué me hacen esto? -disparó Martín disgustado.

-¿Qué cosa?

-Leo, ¡dejate de joder! No soy estúpido y los conozco a todos demasiado bien para no darme cuenta de que quieren que me quede solo con Lola.

-¿Cuál es el problema? Está todo bien con ella. Aprovechá.

-¡¿Todo bien?! ¿No viste cómo me trató en el cumpleaños? Como si yo la hubiese traicionado. Además ella sabe que estoy de novio así que no va a pasar nada. No es de ese tipo de chicas.

-Bueno, hagan lo que quieran. Yo sólo trato de que las cosas funcionen mejor - finalizó Leo y después se alejó rápidamente entre la gente hacia la puerta donde esperaba su novia.

Martín se quedó parado junto a la barra y bebió un trago más de su cerveza. Estuvo sólo en un rincón pensando en lo que estaba pasando, tratando de entender que quería hacer y que pretendía Dolores.

Terminó el vaso y escudriñó el lugar buscándola con la mirada. La vio junto a una de las ventanas del frente, donde charlaba con una chica a la que él no conocía. Ella lo miró como autorizándolo a que se acercara. Y él lo hizo.

-Pensé que ya te habías ido-disimuló el joven.

-Yo también. Es tarde, así que ahora sí ya me voy. Mañana tengo que ir a la panadería aunque sea un rato.

-Te acompaño.

-Dale.

Dolores se despidió de la chica con la que estaba hablando y Martín hizo lo propio para no pasar por maleducado. Al salir a la vereda, él comenzó a caminar hacia la casa de ella pero la joven inició un recorrido en sentido opuesto.

-¿A dónde vas?

-Primero quiero mostrarte algo -respondió ella mientras movía su mano suavemente haciéndole señas para que la siguiera.

En ese momento, Martín no entendía nada de lo que estaba ocurriendo. La noche había comenzado con una serie de agresiones de parte de Dolores y ahora ella se hacía la romántica y misteriosa. De todos modos, su curiosidad fue más fuerte así que la siguió. La alcanzó en la esquina y desde allí caminaron juntos hacia la playa. No hablaban, el mutismo de la noche sólo se quebraba cuando se escuchaba el chillido de los pasos de ambos al hundirse en la arena húmeda.

Antes de llegar a la playa, Lola se detuvo frente a un pequeño médano lindero a un edificio de departamentos que estaban construyendo. Caminó hacia un arbusto que parecía haber nacido hace poco tiempo de entre los ladrillos a la vista de la obra y se detuvo. Martín se había quedado parado en medio de la calle esperando el siguiente movimiento de ella.

La chica lo miró y sonrió. Le pidió que se acercara y él lo hizo lentamente hasta que los dos estuvieron de pie junto al arbusto, momento en que la joven decidió romper el silencio y finalmente develar el misterio.

-Antes de mostrarte esto quiero disculparme por cómo te traté antes en la casa de Caro. La verdad es que no sabía que ibas a estar y me tomó por sorpresa. Así que reaccione mal.

-No te hagas problema. Te entiendo. A mi también me pasó no saber como manejarme delante tuyo.

-Te juro que no estoy resentida. Sé que no me hiciste nada malo. Está bien que cada uno haga su vida, pero quiero que sepas por qué hice las cosas que hice la última vez que nos vimos y dije las cosas que dije cuando te llamé a La Plata.

-Está bien.

Dolores metió su brazo derecho entre las tupidas y filosas ramas de la acacia, y como si fuera una pala las corrió dejando al desnudo un sector de la pared imposible de ver cuando la planta se encontraba en su posición normal. Martín vio una frase escrita sobre los ladrillos con pintura negra en aerosol. Estaba oscuro y no podía leer lo que decía desde su posición, por lo que se acercó lo más posible. Se arrodilló en la arena y con su brazo corrió otras pequeñas ramas que se interponían con la luz artificial de la calle y le dificultaban la visión. Cuando la pared se iluminó se puso tan blanca como la piel del joven que miraba atónito, con sus ojos bien abiertos, lo que estaba pintado: “Martín, te amo”.

Otra vez la mudez. A Tincho no se le ocurría qué decir y ella ya lo había dicho todo. La miró fija y largamente y Lola sonrió. “Lo escribí hace unos meses cuando estaba mal y muy confundida. Pero ahora ya todo me quedó más claro: lo nuestro no va a funcionar. Por eso te muestro esto”, explicó Dolores.

El joven no se animó a hablar. El que calla otorga y en ese momento él estaba de acuerdo con ella.

## VIII

Las mujeres son todas iguales y hacen siempre lo mismo: te quieren decir algo pero nunca te lo cuentan todo. Se cansan de dar vueltas y encima terminan dejando que el hombre tome las decisiones, analizó Martín con bronca mientras regresaba a su casa luego de su encuentro con Dolores que había empezado decididamente mal y terminado de la manera más inesperada.

La audaz movida de la joven al mostrarle el *graffiti* lo había dejado como suspendido en el aire, con la boca abierta y vacía de palabras. En el fondo, él siempre creía que, como toda buena mujer, ella exageraba lo que sentía pero al ver las palabras pintadas en aquella pared supo que no era así, sino que se trataba de un sentimiento sincero, ajustado a la realidad.

Martín se sentó en el banco de la parada de colectivos y encendió un cigarrillo que quedó colgado solo de los labios ya que había puesto sus manos heladas en sus bolsillos.

El colectivo, un 504 Mercedes Benz 1114 gris y naranja, tardó en llegar, por lo que el muchacho tuvo mucho tiempo para pensar en Lola y en Sofía. Sabía que tenía ahora la posibilidad de elegir pero no estaba seguro de ello ya que su noviazgo no estaba pasando por su mejor momento, aunque él estaba perdidamente enamorado.

Por el otro lado, su obsesión geselina era demasiado inestable, a veces brillaba apacible y clara, pero en otras ocasiones desataba tormentas que podían asustar al más seguro y determinado de los hombres.

No era la primera vez que estaba en una encrucijada entre dos mujeres y eso le aportó una pizca de tranquilidad. Sobre todo porque se conocía y sabía que no iba a

tratar de mantener dos relaciones al mismo tiempo más allá de que la distancia entre una y otra lo favorecía.

Había que apostar y en esa noche solitaria, casi devenida en mañana, se la jugó por el amor que sentía por Sofía porque confiaba que con esa pasión podía arreglar los problemas de la pareja que no eran más que diferencias naturales entre las personalidades de ambos.

Subió al colectivo que iba casi vacío. Era domingo y fuera de temporada, y los trabajadores que solían madrugar ahora descansaban en familia. El joven se desplomó sobre un asiento individual pegado a la ventanilla y apoyó la cabeza en el marco de aluminio que sonaba como una matraca cada vez que el chofer subía la velocidad y la destartalada carrocería chocaba contra la irregularidad del bulevar de arena que con la lluvia de los últimos días se había aserruchado.

A pesar de todo el confuso vértigo que había sentido en las últimas horas, Martín sumaba claridad a sus aturdidos pensamientos a cada cuadra del recorrido. Por eso llegó a su casa en paz y al ingresar al domicilio saludó a su padre que leía en el living acompañado por su mayor confidente: la pava. Luego se fue directo a su habitación y se desmayó sobre su cama.

Martín había arreglado con su novia para verse la mañana del martes en la Facultad ya que ambos tenían que ir a buscar las notas del parcial y ver las fechas disponibles para rendir el final. Al llegar al aula vio que ella estaba sentada en el piso, contra la pared, cerca de la puerta. Leía concentrada y casi no levantó la cabeza cuando percibió la presencia del joven.

-¿Cómo te fue? -pregunto él, ansioso.

-Bien. Un ocho. Igual que vos. Me fijé en la lista.

-¿En serio? ¡Que bueno! Te dije que ibas a sacarte una nota alta. Siempre lo hacés.

Martín se sentó junto a ella y la besó en los labios. Fue un beso corto, sin lengua, casi formal, lo que le resultó sospechoso, como que algo andaba mal.

-¿Por qué esa cara? ¿No estás contenta de que aprobaste? ¿O te pasó algo?

-Estoy contenta por aprobar, obvio. Y no me pasó nada malo el fin de semana ni hoy. Está todo bien.

-Bueno, mejor -Martín giró la cabeza hacia el lado opuesto en el que se encontraba su novia para que esta no viera como resoplaba-. Mirá, ahí viene Coti - indicó el joven para cambiar de tema.

En ese momento apareció la amiga de su novia quien se sentó junto a Sofía, quedando ésta en el medio de ambos. La joven le preguntó cómo le había ido en Gesell y el respondió que bien, sin dar detalles.

Luego, Sofía comenzó a hablar con su amiga de un chico que Coti había conocido el fin de semana en una peña y le preguntó si la llamó tal como le había prometido.

Cuando surgían esas conversaciones de mujeres, generalmente, Martín desarrollaba la capacidad de perderse en una sordera provisoria que le permitía posar su atención en otros temas más importantes para él. Miró fijamente a su novia, pero ésta no dejaba de mantener contacto visual con su amiga que, a su vez, no paraba de hablar.

Aburrido, se paró y avisó que se iba a tomar un café al bar de la esquina, a lo que las dos jóvenes asintieron y respondieron que en un rato iban para allá.

-Todavía no le dijiste nada, ¿no? -dijo por lo bajo Constanza a su amiga mientras Martín se alejaba por el pasillo.

-No, no pude. No encontré el momento justo.

-Ya lo hablamos. Tenés que decírselo lo antes posible.

-Sí, ya lo sé, Coti. Ya lo sé. Pero hoy no tengo ganas, no estoy de humor. Me voy a casa. Después hablamos.

Sofía se paró bruscamente, saludó a su amiga y se fue rápido por el mismo pasillo que momentos antes había transitado su novio, aunque ella lo recorrió en el sentido opuesto.

Martín fumaba mirando por la venta del bar que daba a la calle mientras esperaba que el mozo trajera su café con leche. Esta vez, el pedido era ligeramente distinto del habitual: lo acompañaban dos medialunas de grasa ya que esa mañana el joven se había quedado dormido y no tuvo tiempo de desayunar. Además, no había querido llegar tarde a su encuentro con Sofía para que ella no se enojase, aunque su sacrificada puntualidad no pudo cambiar el estado de ánimo de su novia.

Pero antes de que su pedido llegase a la mesa ya se arrepentía de haber pedido algo para comer porque el reciente diálogo con Dolores le había terminado por cerrar el apetito. Así que luego de que el mozo depositó frente suyo el café con leche y las medialunas sólo bebió un sorbo del primero.

Hacía un buen rato que esperaba a Sofía en el bar cuando vio pasar por la vereda de enfrente a Constanza, quien para sorpresa del joven caminaba sola. Martín se paró enseguida y cruzó la calle para alcanzar a la muchacha antes de llegar a la esquina.

-Coti, ¿dónde está Sofía? -preguntó él apenas estuvo a la par de Constanza a la que había tenido que tomar del brazo para que detuviera la marcha.

-No sé. Pensé que estaba con vos en el bar -mintió ella.

-Y yo pensé que estaba con vos. Nunca pasó por el bar.

Coti guardó silencio porque no sabía qué decir. Mejor dicho, si sabía, pero no se animaba a hacerlo ya que su amiga la mataría por convertirse simplemente en el mensajero. Tampoco le correspondía a ella del mismo modo que se oponía a que Sofía siguiera dilatando la situación, lo que no hacía más que empeorarlo todo.

-No sé qué decirte. Mejor anda a hablar con ella -indicó la chica y luego cruzó la calle alejándose de Martín.

“No lo puedo creer. Sofi me va a cortar y me tengo que enterar por la amiga ¡Que pendejas de mierda!”, gruñó el joven una vez de regreso al bar donde bebió el último sorbo de su café con leche y, tras pagar la cuenta, salió rápidamente en dirección a la casa de su novia.

El joven llegó a la vivienda y vio que ella estaba sentada en los escalones del umbral. Pitaba con fuerza de un cigarrillo y parecía que había intuido que él iría a su encuentro porque estaba en una posición de espera. Pero eso, cuando advirtió la presencia de él no se sobresaltó, más bien se resignó ante lo inevitable.

Por su parte, Martín se sentía enojado y furioso. El dolor que sabía iba a sufrir cuando ella le dijera que todo se había acabado estaba allí, en la puerta de su corazón, esperando a entrar para quedarse durante mucho tiempo, mientras que, paralelamente, lo desbordaba la humillación y la vergüenza.

-¿Qué pasa? ¿Justo hoy te quedaste sin palabras? -arrancó él.

-Ya sé que estuve mal. Te pido mil disculpas. Pero quiero que hablemos bien, tranquilos.

-Estoy tranquilo -dijo el joven con disimulo y después se sentó en los escalones, al lado de ella, aunque no la miró sino que enfocó la vista al frente.

-No quiero que sigamos siendo novios -indicó Dolores en voz baja.

-Me lo imaginaba. ¿Puedo saber por qué?

-Porque ya no siento lo mismo que antes. Ya no estoy enamorada.

-¿Pero como podes dejar de amarme en tan pocos días y sin ningún motivo aparente? Porque no tuvimos ningún problema serio, ¿o sí?

-Es verdad que no tuvimos grandes peleas ni problemas, pero así me siento hoy. Y te veo cada vez más enganchado por lo que no es justo para vos que sigamos juntos si estamos en caminos distintos.

-¿Te molestó que me haya ido sin vos a Gesell el fin de semana? ¿Es eso?

-No. Para nada.

-¿Segura? Porque tanto vos como yo sabíamos que me la iba a encontrar a Dolores. Y fue así porque nos vimos en el cumpleaños de la novia de Leo, Carolina, que es amiga de ella y de la hermana. Pero te juro que no pasó nada.

-Te creo. Pero eso no tiene nada que ver con lo que siento. Lo que me pasa es hoy por hoy no puedo estar comprometida con una relación tan seria como la que vos buscas. No puedo, ¿entendés?

-No me cierra pero evidentemente no me queda otra que aceptarlo. Está claro que no vas a cambiar lo que sentís y que la decisión ya está tomada.

-Perdón. Pero es así.

Martín la quiso mirar a los ojos pero ella había vuelto la vista hacia delante, en dirección a la calle desierta. Sofía lloraba, él también. La situación ya había sido tomada por asalto por una intensa angustia.

El joven pasó su mano derecha por arriba del cuello de ella y apoyó las yemas de sus dedos en el rostro de Sofía. Suavemente hizo un poco de presión para que girara la cabeza hacia él y lo mirara una vez más. Ella no se resistió y clavó sus ojos llorosos en los de Martín. Sólo hubo silencio y un último beso.

Fue corto pero intenso. ¿El beso o el noviazgo? Ya no importaba. Apenas se despegaron sus labios, ella se paró y se metió en la casa. Él dejó caer sus brazos sobre su rodilla de la pierna derecha que pisaba el primer escalón mientras la otra, extendida, se apoyaba en la vereda.

Se hubiera quedado allí por un largo rato pero recordó que tenía que ir a trabajar, por lo que sacó fuerzas vaya a saber uno de donde y se fue al restorán. Martín entró a la fonda de Don López, saludó a todos con un gesto de la mano acompañado por un rápido y ligero movimiento ascendente de la cabeza, y se dirigió en silencio hacia el baño para cambiarse de ropa. No tenía ganas de nada. La decisión de Sofía lo sorprendió completamente y el mal manejo de la situación de parte de ella lo había lastimado aún más que la separación misma. Se sentía defraudado, decepcionado, más que abandonado. Y eso alimentaba la idea de que había estado perdiendo el tiempo en los últimos meses cuando podría haber aprovechado otras oportunidades.

Si bien eran todas especulaciones, el haber dejado pasar sus chances con Dolores lo comenzó a atormentar. “Ella no hubiera hecho lo mismo que Sofí”, se dijo mientras se colocaba la camisa blanca de mangas cortas, con un bolsillo sobre el corazón y en el se veía la inscripción del restorán.

En ese momento, Don López lo abordó apurado, como siempre. El jefe era una persona muy atenta, a la que no se le escapaba ningún detalle y su experiencia de haber estado toda su vida en contacto permanente con la gente le permitió advertir lo que ocurría con su empleado favorito.

-¿Qué pasa joven? ¿Se peleó con su novia?

Martín lo miró serio, pero afirmando con una mueca de su boca.

-No se preocupe. Usted recién empieza. Ya va a haber otras que lo quieran y que lo dejen. Así que no se angustie porque no hay tiempo para eso.

Los días posteriores a la ruptura con Sofía lo encontraron a Martín alojado en un calabozo con altos muros de dolor y férreas rejas de soledad. Deprimido, hacía esfuerzos sobrehumanos para ir a trabajar y estudiar. Lloraba la mayor parte del tiempo pero más cuando caminaba por las calles platenses porque cada lugar que pisaba le recordaba a ella. Cada baldosa, cada vuelta en la esquina, cada vidriera de algún bar en el que habían estado juntos compartiendo un café, un cigarrillo o una charla cualquiera era un viaje a un pasado muy cercano y lejano a la vez.

Su perplejidad y confusión eran lo suficientemente grandes y poderosas para hacerle perder la noción del tiempo. Sentía que las horas se le escurrían entre los dedos y las perdía para siempre. Pero aún peor, a veces sentía que aquel pasado era más viejo que lo que había sido realmente, a tal punto que le parecía un sueño o, mejor dicho, una pesadilla.

El pobre Tincho se arrastraba malherido desde la Facultad hasta la fonda de Don López. La parte más dura era el aula, donde inevitablemente se encontraba con su ex. Se saludaban pero no cruzaban otras palabras. Y el punto máximo de dolor era verla a ella tan entera, como si nada, mientras él sentía que se desangraba por dentro.

Con su trabajo lograba, aunque sea de a ratos, dejar de pensar en Sofía, pero le costaba concentrarse y eso lo llevaba a cometer un error tras otro, los cuales derivaban, indefectiblemente, en reprimendas de su jefe y sus compañeros.

Y eso lo irritaba porque le gustaba su trabajo y, sobre todo, adoraba el buen concepto que todos los empleados y proveedores de la fonda, y hasta los clientes habituales, tenían de él.

Por las noches cambió el cortado por el whisky. Ni siquiera la cerveza, su bebida alcohólica preferida, lo seguía atrayendo. Decididamente había ingresado en una etapa

de autodestrucción que se intensificó cuando una mañana llegó a la Facultad y Francisco, un compañero al que apenas conocía de haber compartido alguna charla grupal en la que él lo aburría con sus conceptos sobre política, se le acercó con cara de mejor amigo porque tenía “algo muy importante” que hablar con él.

-Martín. No sé como decirte esto, así que mejor te lo digo directamente porque tanto vos como yo somos unos caballeros y quería que te enteraras a través de mí en vez de por un tercero -comenzó “Pancho”, como le decían todos sus compañeros de estudio en honor a su nombre de pila aunque para Martín, el apodo coincidía mejor con la forma de ser de aquel muchacho rubio y de ojos celestes.

-¿Qué pasa?

-Después que te separaste de Sofía me puse a salir con ella.

Martín se quedó callado, tratando de entender como un bufón como su interlocutor, que sólo hablaba y actuaba de manera masificada, había logrado que una joven como Sofía se interesara en él y, lo peor de todo, que ella lo prefiriera a aquel.

-Te aseguro que nunca pasó nada antes de que ustedes se pelearan -continuó Francisco tratando de romper el hielo mudo que ahora envolvía la conversación.

-¿Qué querés que te diga? Está todo bien. No somos amigos así que no me debes ninguna explicación. Nadie se la debe a nadie en esta situación. Así que por mí hagan lo que quieran.

-Bueno, no quiero que te pongas así.

-¿Así cómo?

-Que te enojas.

-No me enojo. En serio. Quedate tranquilo. No me expliques más nada.

-Mejor si no te enojas porque nos tenemos que ver todos los días en las clases.

-Por eso no te preocupes. Decíselo a Sofía también.

Pancho calló al percibir que Martín se sentía dolido. En realidad, al joven geselino le importaba un comino lo que hacía y dejaba de hacer su compañero, a quien apenas conocía. Lo que le provocaba angustia era la idea de que su ex novia, en tan poco tiempo, había comenzado otra relación cuando ella misma le había explicado que no se encontraba en condiciones de asumir compromisos. Todo eso alimentaba sus sospechas de que había sido engañado por la chica. La única duda radicaba en saber cuándo había sucedido esa traición. La posibilidad de que haya sido la última vez que él estuvo en su villa lo mortificaba. Pero inmediatamente entendió que esa infidelidad hubiese ocurrido tarde o temprano y esa idea al menos disminuyó su sentimiento de culpa.

La charla con Pancho dejó Martín peor que antes. Entonces, el joven decidió no asistir a clase y paseó por el centro de la ciudad buscando su lugar, el sitio en el que pudiera encontrarse a sí mismo porque se sentía completamente perdido, sin rumbo. Nunca hubiera pensado que una mujer podía llegar a tener tal nefasto efecto en su persona.

Caminó por una diagonal hasta llegar a *El Copetín*, el clásico café al que siempre le escapaba porque detestaba a sus habituales clientes, siempre tan orgullosos que se comportaban como si el lugar les perteneciera sólo a ellos. Pero esta vez estaba cansado de andar y entró. Para su suerte, el local estaba casi vacío y rápidamente se acomodó en una mesita para dos junto a una de las ventanas.

Era temprano para una bebida alcohólica por lo que ordenó un cortado. Ojeó el diario que en su tapa, en letras catástrofes, informaba sobre el procesamiento con prisión preventiva del represor Jorge Videla por los crímenes cometidos durante la última dictadura militar. Va a ser el tema del día en la clase, pensó mientras pasaba las hojas entre sus dedos.

Detestaba la politización de la carrera. Lo había hecho desde un principio. Pero Sofía ya no estaba para convencerlo con sus argumentos de cambiar el mundo por uno mejor. Entonces entendió que se encontraba en un lugar que no era el que él deseaba realmente. Se dio cuenta de que estaba allí por ella y por su padre, y no por él. Y no sólo eso, la traición de Sofía le había mostrado cómo se sentía el desamor y esa idea lo llevó a pensar en Dolores. Por fin comprendió lo que la joven geselina sentía por él y la razón de lo que hasta ese momento la parecía un comportamiento extraño, rayano con la locura.

Terminó su café y salió del bar con la mente un poco más despejada pero con miedo por la decisión que quería tomar. Pensó en Don López, en todo lo que lo había ayudado y enseñado, y no quería defraudarlo. Recordó a su padre, que había trabajado largas horas durante años difíciles y castigando a su cuerpo para lograr que su hijo utilizara su mente y la palabra para progresar en la vida, y ya pudo imaginarse la decepción que le iba a generar.

“Todo esto es por lo de Sofi. Pero ella no es la razón correcta para dejar todo. Ninguna lo es. Mejor no me apuro a decidir nada, por ahora. No es el mejor momento”, se dijo Martín para calmar sus ánimos mientras caminaba nuevamente por la diagonal.

Sofía entró al aula repleta de alumnos que esperaban la llegada del profesor y se quedó parada justo delante del escritorio del mismo, de espaldas a sus compañeros. Era un mueble viejo, de madera, amplio pero bajo y la joven apoyaba su fina cintura contra el borde de lado más largo del rectángulo. Se mecía hacia delante y hacia atrás, golpeando suavemente su cuerpo contra aquel pedazo de naturaleza muerta con impaciencia, como estuviese esperando a alguien.

Mientras eso ocurría, y los demás alumnos permanecían en sus asuntos, Pancho ingresó raudamente al salón y en una brusca maniobra tomó a Sofía por la espalda. El muchacho no dejó que ella se diera vuelta y con uno de sus brazos la empujó hacia delante, por lo que la chica se inclinó sobre el escritorio, apoyando sus senos sobre la fría madera. Él se desabrochó con su otra mano la bragueta de su pantalón de jean y de entre sus calzoncillos sacó su pene erecto que le llegaba casi a la rodilla. Luego, le subió la pollera a la joven y le arrancó la bombacha. Sofía seguía inmobilizada pero tampoco se resistió. Entonces Pancho penetró la húmeda y resbaladiza vagina de la chica, que gimió de placer y dolor al mismo tiempo.

Ninguno de los que estaban presentes en el interior del aula mostró ni el más mínimo interés en lo que estaba ocurriendo con aquellos dos alumnos que mantenían relaciones sexuales como si fuese en su dormitorio. Pancho la penetró una y otra vez, cada vez más fuerte. Cada grito de ella aumentaba la excitación. Así que él colocó su mano derecha debajo del muslo del mismo lado de ella, lo levantó e hizo que Sofía apoyara su pie en el borde del escritorio. De esa manera, el joven tuvo el espacio suficiente para sacar su pene duro como una piedra de la vagina y colocarlo con mucho esfuerzo en el ano de la chica, que casi explotó de placer.

En vuelto en un sudor pegajoso, Pancho siguió taladrando hasta que ella le pidió “por favor” que se detuviera. Él obedeció. Entonces Sofía se dio vuelta y se metió el pene de su amante en la boca. Lo chupo fuerte y rápido sin apartar su mirada de la de él, que estaba por alcanzar el orgasmo. “¿Quieres que te avise cuando vaya a acabar?”, le preguntó él. “No”, respondió la joven, que acto seguido se tragó todo el semen caliente y viscoso de Pancho, que permanecía con su mano apoyada en la nuca de ella y empujándole la cabeza hacia adelante.

“Te gustó putita ¿no?”, indicó el joven mientras se subía sus pantalones y Sofia se introducía en la boca las últimas gotas de líquido seminal que le habían quedado esparcidas por el rostro. “Me encantó papito. Mucho más que como lo hacía mi ex”, respondió ella moviendo su lengua de un lado al otro de su boca entreabierta.

“¡La puta madre! ¡Qué sueño de mierda por Dios!” exclamó Martín envuelto en sudor tras despertarse en medio de la madrugada. “A ese Pancho lo voy a cagar a trompadas”, dijo mientras trataba de recobrar el aliento.

Martín permaneció un largo rato sentado en la cama, en su solitaria habitación de la pensión, pensando, más bien lamentando, que las próximas noches no iban a ser mejores que aquella. Me parece que voy a tener que acostumbrarme a no dormir un carajo, pensó y después dejó caer su espalda sobre el colchón cubierto por las sábanas húmedas por la transpiración. El joven se colocó con el cuerpo de costado, mirando la pared, se tapó con la frazada hasta el cuello y cerró los ojos con miedo a que las mismas imágenes volvieran a invadir su mente. Por suerte no vio más que oscuridad. Y en base a un gran esfuerzo finalmente se durmió.

De todos modos, en los días posteriores no tuvo que estar durmiendo para sufrir más y nuevas pesadillas.

## IX

Agosto había comenzado bastante pobre en la fonda de Don López. La inflación empezaba a subir cada vez más y los salarios se depreciaban, por lo que la gente gastaba menos, en especial, en salir a comer. El gallego estaba preocupado por la situación económica pero aseguraba que se las iba a arreglar para sacar el negocio adelante. “Yo ya las pasé todas”, repetía a cada uno de los empleados que le charlaban, preocupados, sobre el tema.

Por su parte, Martín no quería quedarse sin trabajo ya que era lo único de aquel difícil momento que mantenía su cabeza ocupada en otras cosas no relacionadas con Sofía y el estudio. Sin embargo, no estaba lo suficientemente motivado y su rendimiento laboral no era el mejor, o mejor dicho, era peor que el que había mostrado durante meses aunque cumplía con las exigencias del jefe.

-Martín, tenés teléfono. Contestá adelante porque en la oficina del fondo está papá -indicó Manuel al entrar al cuarto donde el joven geselino se ponía el uniforme.

-Gracias. Ahora voy.

Martín caminó hasta la barra y atendió el teléfono que estaba junto a la caja. Era el segundo aparato con que contaba el restorán, el otro estaba en el escritorio de Don López, quien cuando se encontraba presente en su oficina lo utilizaba permanentemente.

-¿Martín? Soy Leo. ¿Podés hablar?

-Sí, pero no mucho. ¿Dónde estás? ¿Todo bien?

-Estoy en Gesell. Yo bien pero te llamaba para decirte que internaron al papá de Dolores. El viejo está muy grave. Parece que es el corazón. Y ella está destrozada. Pensé que ibas a querer saberlo. Por ahí te podés venir este fin de semana.

-¡Uy! Pobre viejo. También, con todo lo que trabaja como para no enfermarse  
¿Hablaste con Lola?

-No, no hablé con ella directamente. Hablé un poco con la hermana y me contó lo que pasó. Están todos en el hospital.

-Bueno, voy a ver si puedo zafar del trabajo y me voy para allá cuánto antes. Yo te llamo y te aviso.

-Dale. Avisame. Después hablamos. Un abrazo.

-Abrazo. Chau. Y gracias.

-De nada hermano.

Martín apenas conocía a Toni pero se quedó preocupado por Dolores. Ella sí le importaba y mucho. Y Leo lo sabía mejor que nadie, hasta mejor que él, y por eso lo había llamado. Pero dudaba de si su amigo lo había hecho por decisión propia o por encargo. De todos modos, el llamado causó el efecto buscado.

Era jueves. El joven fue directo a la oficina de Don López y aguardó junto a la puerta hasta que el gaita terminó de llenar unos papeles con su lápiz negro, de trazo grueso, que en privado -nunca ante los clientes- llevaba enganchado en su oreja derecha.

-¿Problemas en la villa?

Cada vez que se daban estas conversaciones Martín pensaba que el gallego era medio brujo, capaz de leer pensamientos ajenos y de adivinar lo que su interlocutor estaba a punto de decirle. Sin embargo, no había en aquel simple y hasta bruto comerciante español nada sobrenatural; sencillamente conocía muy bien a las personas gracias a su experiencia.

-Lamentablemente sí. Acaban de internar al padre de mi mejor amigo y quería pedirle permiso para tomarme mañana y el sábado libres para ir para allá. Si no es mucha molestia.

Martín no sabía bien por qué había elegido el fácil pero corto camino de la mentira, por más blanca que ésta fuera, porque si hubiera dicho la verdad, Don López seguramente lo entendería igual.

-Joven, como habrá visto, por estos días no hay mucho trabajo así que puede ir a su pueblo y visitar a su amigo. Eso sí, voy a tener que descontarle los dos días del sueldo. No estoy como para tirar manteca al techo, sabe.

-Está bien. Me parece justo. Gracias y disculpe las molestias. Pero es una emergencia.

-Entiendo. Vaya joven.

Martín salió de la oficina de Don López algo extrañado. Su jefe se estaba tomando las cosas un poco más a la ligera que de costumbre y eso le resultaba sospechoso. Quizás estaba caminando por la cuerda floja y este último pedido le había dado al gallego la razón que le faltaba para echarlo del trabajo. Pero eso era sólo una especulación del joven ya que el dueño de la fonda no se manejaba con esas malas formas y, además, sentía un gran aprecio por su empleado.

Concluyó el turno y se dirigió a la terminal donde compró sólo el pasaje de ida a Villa Gesell y luego regresó a la pensión para armar el bolso y dormir algunas horas antes de partir. El micro salía temprano así que no disponía de mucho tiempo ni de otras oportunidades.

Apenas pudo conciliar el sueño. Pensaba en Dolores, Toni, Leo, Don López y Sofía, y cuando cerraba los ojos, los rostros de cada uno de ellos se reflejaban en el reverso de sus párpados como imágenes disparadas por un proyector.

Lo mismo le ocurrió durante el viaje a la villa. Su mente no paraba de repetir fotos del pasado. Estaba cansado pero el sueño llegaba en cuenta gotas. Y eso que el hostil clima de tormenta era el paisaje ideal, el marco perfecto, para dormir contra la

ventanilla y tapado con la campera hasta la altura de la pera. Sin embargo, la ansiedad se había apoderado de él y lo acompañó todo el trayecto.

Martín llegó a Villa Gesell y se sorprendió al encontrarse con una intemperie radicalmente distinta a la que lo había acompañado en el viaje. El sol brillaba y el cielo estaba despejado pero en la sombra se sentía fresco.

Cuando el joven entró a su casa su madre no se mostró sorprendida por su inesperada visita. De alguna manera, al estar alertada de la enfermedad de Toni sabía que su hijo regresaría a la villa de un momento a otro. Rita se encontraba sola en la vivienda ya que Augusto estaba en el trabajo donde había tomado horas extras para ganar un poco más de dinero. Entonces, madre e hijo se sentaron a almorzar solos, como hacía meses que no ocurría.

-¿Te acordás mami cuando comíamos los dos solos todos los mediodía de entre semana?

-Claro. Tu papá siempre estaba trabajando y yo te esperaba con la comida a la salida del colegio.

-Se extraña eso.

-Me imagino. Siempre es bueno a aprender desde chico a hacer las cosas uno solo pero, a veces, es mejor cuando alguien te de una mano y esté ahí para acompañar y compartir.

Martín se quedó mirando a su madre en silencio, apreciando esas palabras justas, adecuadas como casi todas las que ella pronunciaba habitualmente, mientras Rita le colocaba una milanesa en el plato en el que una porción de puré de papás la iba a acompañar. El joven se sentía seguro y protegido en su casa, y como en las últimas

semanas venía golpeado anímicamente, esos dos sentimientos fueron como una bendición.

-Me peleé con Sofía. En realidad, ella me dejó.

-Sí, sabía. Leo me contó hace unos días pero no te pregunté nada porque pensé que no ibas a querer hablar del tema.

-No hay problema. Ya lo estoy superando pero al principio fue muy difícil porque la tenía que ver todos los días en la Facultad. Ahora está saliendo con un compañero nuestro. ¿Podés creerlo?

Rita miró a su hijo y le respondió levantando las cejas y encogiendo los hombros. Es que no había demasiado para decir.

-¿Y cómo anda Toni? -Martín cambió de tema drásticamente dando por terminado el debate sobre su ex noviazgo.

-Está enfermo del corazón. Se encuentra muy débil. Es un hombre que trabajó todos los santos días de su vida, de la mañana a la noche, sin parar. Su cuerpo ya no aguantó más.

-Seguro. Esta tarde quiero ir a la clínica así la veo a Dolores. ¿Me querés acompañar?

-Ya fui ayer a verlo y a saludar a la familia. No quiero molestarlos. Además, vos querés verla a ella más que al padre y para eso no me necesitas.

-¿Qué pasó con eso de que “es mejor cuando alguien te da una mano...”?

Rita esbozó una sonrisa cómplice, llena de satisfacción porque su hijo la entendía más de lo que ella pensaba y luego respondió: “A veces, sólo a veces, es mejor. Y justo en este caso todo depende de vos.”

La clínica quedaba a pocas cuadras de la casa de los Mare, sobre avenida 3, en la cima de una lomada que la hacía fácilmente visible a la distancia. Era un lugar pequeño y parecía un chalet particular de ladrillos a la vista, tejas rojas de estilo colonial y mucha madera de pino. Sin embargo, la distribución del espacio interno había sido excelente, por lo que había suficientes consultorios y camas disponibles para los pacientes.

Desde la entrada había un pasillo que pasaba por un jardín de invierno y que terminaba en la sala de espera de la unidad coronaria de la sala de cuidados intensivos. Allí, sentada junto a su madre, estaba Dolores. Ambas mujeres leían el diario para matar el tiempo pero sus ojos parecían posarse más en la puerta que las separaba de Toni que en las palabras escritas sobre el papel que manchaba sus dedos de tinta negra.

Martín se detuvo apenas ingresó a la sala. Le daba vergüenza hablar porque sólo se encontraban esas dos mujeres, así que apenas tosió para anunciar su presencia y ver la reacción de Dolores antes de decidir su siguiente acción.

-Martín. ¿Qué hacés acá? -dijo la joven con asombro mientras se levantaba rápidamente de la silla y caminaba hacia él.

-Me enteré de lo que pasó y quise venir a ver cómo estaba tu papá, vos y tu familia. Espero que no te moleste.

-No, para nada. Gracias por preocuparte y venir.

Martín se acercó hasta Teresa y la saludó. La mujer casi no podía hablar, se la notaba totalmente quebrada. Así que el joven volvió hacia Dolores, quien estaba más entera o, por lo menos, ésa era la imagen que transmitía.

-¿Estás bien mamá? ¿Necesitás algo? ¿Querés me quede acá con vos? Sino, voy a tomar un café con Martín y vuelvo. Es sólo un ratito.

-No te hagas problema. Estoy bien. Además, en cualquier momento viene tu hermana. Eso sí, acordate de estar acá cuando den el parte médico.

Dolores lo miró a Martín y con sus ojos le señaló la salida de la clínica como invitándolo a salir. Ella lo siguió hasta la puerta, desde donde caminaron a la par hasta el bar de enfrente. Le resultó curioso cuando ella, una vez fuera del campo visual de su madre y del espacio de la clínica, transformó el gesto serio pero tranquilo con el que lo había recibido al joven por otro de extrema preocupación.

-¿Cómo está tu papá?

-Mal, muy mal. La verdad es que si no lo operan en los próximos días no creo que salga de esto.

-¿Y qué esperan para operarlo?

-Están terminando unos estudios y después lo llevan a Mar del Plata porque acá no se lo puede operar. Dicen que allá hay un especialista muy bueno y están tratando de conseguir un turno con él.

-Claro. ¿Y vos como estás?

-Tirando para no aflojar. En realidad me siento muy mal pero mi mamá está peor. Vos la acabas de ver. Así que delante de ella trato de mostrarme lo más fuerte posible para que ella no empeore.

-¿Y Belén?

-Viste como es ella, nunca se sabe muy bien. Pero no está yendo a la Facultad y pasa casi todo el tiempo en la clínica, la casa y la panadería. Encima mi mamá se enoja con ella pero no me deja faltar a la escuela y así que no puedo dar una mano muy grande en el negocio porque no me queda mucho tiempo libre durante el día.

-¿Entonces Belén se quedó a cargo de la panadería?

- Y sí. Javier la ayuda un poco y yo otro tanto, pero él tiene su otro trabajo y yo el colegio. Así que nos vamos turnando.

-No debe ser fácil -dijo Martín antes de beber un sorbo de su cortado.

Luego los dos quedaron en silencio, ella miraba por la ventana hacia la calle, él posaba sus ojos en la taza que hacía girar sobre la mesa con sus dedos mientras pensaba en algo para decir acorde a una situación para nada sencilla.

-Si querés, te puedo ayudar en la panadería.

-¿Cómo? Si estás viviendo en La Plata.

-Ya no más. Me quiero volver a la villa.

-¿Por qué? Si te está yendo bien allá. Tenés trabajo, estás aprobando todo en la facu.

-El trabajo me gusta pero lo puedo hacer en cualquier otro lado. Y en la facu me va bien pero no es como yo me la imaginaba. No es sólo la carrera, es el lugar, la gente. Se habla más de política que de lo que se estudia y así siento que estoy perdiendo mi tiempo.

-¿Tu papá qué te dijo?

-Nada. No se lo dije todavía. Primero necesito un buen plan de emergencia para que vea que no me quedo sin nada.

-Bueno -asintió Lola-. Podés decirle que vas a empezar a trabajar en la panadería de papá.

-¿En serio?

-Sí, de verdad. ¿Por qué no?

-Pero pará, ¿querés que se lo diga por decir o que realmente trabaje con ustedes?

-Te estoy hablando en serio. Salvo que vos me hayas preguntado si quería tu ayuda por compromiso.

-No. Para nada. Mi ofrecimiento fue sincero.

-El mío también.

-Bueno, mil gracias. Me salvaste.

-Y vos a nosotras. Especialmente a mí.

Martín captó la indirecta y evaluó la posibilidad de contarle en ese preciso instante que no estaba más de novio con Sofia. Pero no lo hizo y decidió aguardar un momento más adecuado. Es más, seguro que ella ya se enteró a través Leo, pensó él. Además, esta vez no se iba a ningún lado así que el tiempo estaba de su lado.

Martín y Dolores charlaron un largo rato. Hubo dos tazas de café más de por medio que pasaron volando. Él comenzó a contarle sobre su vida en La Plata, los detalles de la pensión, del señor Torrado, su trabajo en la fonda de Don López, su relación con aquel gallego, y una vez que se sintió seguro se refirió a su noviazgo terminado con Sofia. No se guardó nada porque creía que si ella sabía absolutamente todos sus secretos ambos iban a sentirse totalmente liberados del temor, de la vergüenza, de las dudas, y así poder estar juntos de una vez por todas.

-¿Por qué me contás todas estas cosas? -preguntó Lola reconociendo la inusual transparencia del joven.

-Porque siento que te lo debo. Sé que nunca me exigiste que te contara nada pero necesito que sepas quien soy realmente. No soy mentiroso, nunca lo fui y no pienso serlo, pero a veces me cuesta mostrar mi verdadero yo. Con vos nunca lo hice antes, pero ahora sí quiero hacerlo.

-Está bien. Si te hace sentir mejor, te escucho todo lo que vos quieras.

Así fue que Martín se despachó a su gusto mientras Dolores lo escuchaba con atención. Ella lo miraba a los ojos, lo que a él lo hacía sentir importante. La joven, de vez en, acotaba algún comentario y por el tiempo que duró la charla se olvidó de la enfermedad de su padre y después de muchos días se sintió mejor.

Martín notó el cambio de humor en Dolores y lo satisfizo poder ayudarla. Era épocas de vacas flacas, en lo que los buenos momentos cotizaban en alza. De todos modos, el mercado todavía no había enfrentado su peor crisis.

Martín se despidió de Dolores en la puerta de la clínica como si fuesen mejores amigos. Beso en la mejilla, un abrazo fuerte pero nada más. No era el momento para que alguno de los dos intentara algo para revivir la relación amorosa. “Paso a paso y con pie de plomo”, dijo el joven mientras caminaba de regreso a su casa y hablaba solo. Además, él todavía tenía que mantenerse calmo porque debía decirle a su padre que no iba a volver a La Plata. Y, como si fuera poco, después iba a decírselo a Don López. No le gustaba la idea de desilusionar a nadie pero la decisión ya estaba tomada.

Martín pasó el resto de la tarde acomodando sus cosas en su habitación. Por un lado, estaban sus objetos que no iban a volver pasear por territorio platense y que regresaban a su lugar de origen y, por el otro, los que estaban encontrando su nuevo hogar. Eran como una cita entre pasado y el presente, y por qué no de una porción del futuro también. A veces, ciertos elementos de la naturaleza muerta guardan más recuerdos que las personas. Las fotografías, la ropa, los casetes y los libros, por ejemplo, suelen tener ese efecto, principalmente, en sus dueños.

Por su parte, Augusto llegó del taller para la hora de la cena. Como siempre, estaba cansado por haber trabajado tantas horas. Cuando lo vio a su hijo sentado a la mesa junto a su madre a la espera de su arribo para comenzar a comer se sorprendió pero, fiel a su estilo, no se apresuró a realizar comentario algunos al respecto. Sabía de la enfermedad de Toni, por lo que la presencia de Martín en la villa no le resultaba descabellada, aunque no la aprobaba.

Rita había preparado carne al horno con papas, el plato preferido de su hijo. También le había comprado gaseosa, como una especie de agasajo ya que en su casa siempre se tomaba agua o, a lo sumo, jugo de naranja.

Los tres comieron la mayor parte del tiempo callados, no sólo por una cuestión de educación, sino porque más allá de la presencia de Martín, no había otros temas de interés para compartir.

Augusto comía despacio y parecía ir elaborando en la orilla de su mente las ideas que luego soltaría por la boca. Su hijo lo notaba porque la expresión de su rostro se veía cada vez más seria.

-Antes de que te enojés y me retes quiero decirte que ya conseguí trabajo en la villa. Y además, no es que no voy a estudiar nunca más, simplemente no me gusta la carrera que estaba haciendo.

Martín había sacado el tema y su iniciación había surgido un efecto positivo. O al menos hizo retrasar aún más la reacción de su padre que prácticamente no lo miraba a los ojos y seguía con su cabeza hacia abajo, enfocando su mirada en el plato.

-O sea que no voy a estar al pedo, como un vago. Si eso es lo que te preocupa.

-Eso no es lo que me preocupa -soltó Augusto de manera fulminante y soltó los cubiertos de sus manos-. Yo sé muy bien que no crié a un vago. Lo que no quiero es que termines como yo, ¿entendes?

-Claro que te entiendo. Igual, no sé cuál es el problema en que me parezca a vos. Ser un laburante toda la vida no tiene nada de malo.

-Seguro que no tiene nada de malo -Augusto ahora agitaba su dedo índice derecho en el aire-. Pero es demasiado sacrificado y vos no estás preparado para esa vida porque a vos y a tu hermana nunca les faltó nada. No saben lo que es salir a pelearla todos los santos días.

-¿Y eso que tiene que ver?! -dijo Martín enojado por el tono de militante frustrado que estaba usando su padre en su sermón.

-Bueno Martín, no te pelees con tu padre -intervino Rita, quien no había probado ningún bocado más desde el comienzo de la discusión.

Entonces Augusto apoyó lentamente las palmas de manos a ambos lados del plato, sobre el mantel.

-Hijo, algunos no tuvimos la posibilidad de ir a la Universidad. De chico salimos a trabajar porque sino no comíamos. A vos te estamos dando la oportunidad de estudiar y evitar tantos sacrificios, y no la estás aprovechando.

-Pero no es que no quiera estudiar. A ver si entendes. No me gustó la carrera que elegí. Sólo eso. Ahora voy a pensar en elegir otra que sí me guste.

-No sé que tienen de malo la filosofía y las letras. Yo te crié y sé que te gustan.

-Pero no es así.

-¿Por qué actuás como un desagradecido? Después de todo, nosotros, tu madre y yo, siempre hemos ayudado.

Martín se paró de la mesa y la silla rechinó contra suelo. Tomó el plato con los restos de comida, su vaso y los cubiertos, y los depositó en la pileta de la cocina. Luego, sin decir ni una palabra más, enfurecido, se encerró en su habitación. “No hay forma de hablar con este tipo. Siempre cree que tiene razón”, masculló mientras recostaba su cabeza en la almohada. “¿Qué no puedo sacrificarme? ¿Y qué carajo estuve haciendo todos estos meses?!”, dijo entre dientes y luego cerró los ojos tratando de conciliar el sueño, lo que esa noche, como tantas otras de su pasado reciente, le iba a resultar una misión prácticamente imposible.

Augusto tenía una mente muy estructurada. Dentro de esas formas cuadradas era una persona muy inteligente. Para su hijo era más que obvio que su padre necesitaba de una apertura hacia nuevas ideas pero lo veía demasiado grande para hacerlo. El joven renegaba de lo viejo, no lo aceptaba como única opción. Por ello es que la inalterable posición de cada uno de los dos los ubicó siempre en las antípodas de las formas de ver la vida.

Martín entendió que su padre nunca iba a cambiar ni hacer alguna concesión. Esta conclusión, a la que arribó después de dar eternas vueltas en la cama, fue lo que le permitió caer en un profundo sueño, reparador.

Cuando se despertó a la mañana siguiente era temprano y se sentía renovado, recuperado. Había decidido no hacerse más problemas por los sermones de Augusto y así poder enfocarse en su propia vida. En las cosas que realmente le gustaban a él. Y ese día tenía escrito “Dolores” en su frente, entre ceja y ceja. Como si se tratara de un tatuaje.

Tomó unos mates a solas con su mamá en la cocina y en pocos minutos ya estaba en la calle, en dirección a la clínica. Había arreglado con la joven en que se encontrarían allí y juntos luego irían a la panadería para ver a Javier y empezar a trabajar.

La mañana estaba fresca pero al sol era agradable. El cielo estaba despejado y el aire puro y cristalino, como agua de deshielo. La profunda limpieza del sigilo le mostraba un amanecer que había borrado la tormenta de la noche anterior. Martín aceleró el paso para entrar aún más en calor y hacer un poco de ejercicio para recuperar su estado físico ya que hacía meses que no jugaba al fútbol porque en La Plata no había tenido tiempo de hacerlo.

Llegó a la esquina de la clínica y vio a varias personas en la puerta. Le resultaba extraño tanto público a esa hora ya que, por lo general, las emergencias se atendían en la guardia del hospital público, ubicado a varias cuadras de allí.

Pero al acercarse distinguió entre esas personas la figura de Dolores. Se detuvo apenas la vio. Y lo invadió el miedo. Sólo había una razón por la que todos aquellos estuviesen en la puerta: Toni había muerto.

Miró a la joven, quien al hacer contacto visual con él mostró toda su tristeza inmersa en sus ojos enrojecidos por el llanto. Martín retomó el paso lento hacia ella que empezó a separarse del grupo para ir a su encuentro. Cuando estuvieron pegados, él no dijo nada y la abrazó. Ella sabía que entendía todo y que no había nada más por explicar. Entonces, abatida, apoyó su cabeza en el hombro del joven y rompió en llanto mientras él le acariciaba su largo pelo, suelto y extendido como una cobija que buscaba mitigar el gélido dolor.

## X

La inhumación de los restos de Toni se realizó en Mar del Plata, su segundo hogar en la Argentina, el tercero de su vida. Su Italia natal quedaba muy lejos, fuera de todo tipo de alcance. Fue una interminable caravana negra que partió de la villa bien temprano y recorrió bajo un sol abrasivo, demasiado fuerte para una mañana de pleno invierno, los pocos más de cien kilómetros que separan ambas ciudades.

Los padres de Martín decidieron acompañar a su hijo en aquel doloroso momento. Si bien apreciaban a la familia Aqua se preocuparon por el joven, a quien debieron convencer de que viajara con ellos y no con alguno de los parientes del panadero recién fallecido.

Los Mare se trasladaron en su Fiat Europa, modelo 78. Era un auto celeste, en buen estado ya que Augusto no lo utilizaba mucho. Prefería siempre moverse en colectivo o directamente a pie dentro de la villa.

Al vehículo lo había comprado un año antes cuando se le cruzó por la cabeza regresar al conurbano bonaerense para conseguir un mejor trabajo. Creyó que ese plan podía concretarse y que para ello iba a necesitar de un vehículo. La paz y la democracia lo habían tentado para dejar Villa Gesell y regresar a Quilmes. Pero su mujer y su hijo ya estaban muy cómodos con su estilo de vida geselino, por lo que finalmente desistió de mudarse nuevamente. Y como luego su situación laboral y económica comenzó a mejorar, no mucho, pero por lo menos de manera estable, no quiso vender el auto pensando que podía llegar a ser un negocio a futuro.

Así que los tres Mare siguieron la marcha de la caravana fúnebre casi en silencio. Ante la muerte no hay muchas palabras inteligentes para decir aunque Augusto tenía otro tema en mente.

-Al final, no me dijiste cuál era tu plan ahora que no vas más a la Facultad y te vas a quedar en la villa.

Martín estaba sentado detrás del acompañante, con la cabeza apoyada contra el vidrio y los ojos perdidos en el paisaje de matas de pasto que cubrían las banquetas de la ruta con un manto amarillento e irregular, producto de las heladas invernales. No tenía ganas de hablar por lo que ni se inmutó ante la pregunta de su padre.

-¿Y? ¿Qué es lo que vas a hacer? -insistió Augusto girando su cabeza hacia atrás y dejando por un momento de hacer contacto visual con el camino.

-Hasta ayer tenía todo arreglado para empezar a trabajar en la panadería de Toni. Dolores me dijo que necesitaban gente.

-Está bien. Algo es algo.

No hay mierda que le venga bien a este tipo, pensó Martín y luego tragó saliva, guardándose su opinión y omitiendo cualquier tipo de comentario. Él sabía que la muerte de Toni podía llegar a cambiar el arreglo que había hecho con Dolores pero confiaba en que todo iba a salir bien. En realidad, su mayor preocupación era cómo reaccionaría la joven y su familia, a nivel anímico y sentimental, ante semejante pérdida.

En esas situaciones algunas personas se cierran en sí mismas sin dejar que nadie las contenga y sólo expresan su pesar cuando están solos y no son vistos. Otros, en cambio, exteriorizan su dolor no sólo para desahogarse sino también para buscar el apoyo de un ser querido.

La inhumación fue breve. El cura pronunció unas pocas palabras junto al ataúd abierto, antes de que éste fuese cerrado y colocado en el pozo, y las decenas de personas presentes, en su mayoría mayores de origen italiano, escucharon en absoluto silencio.

Dolores estaba abrazada de su madre y lloraba desconsoladamente. Belén se encontraba de pie al lado de ellas y tomada fuertemente de la mano de Javier, pero no parecía estar tan quebrada como su hermana menor.

Dolores quería mucho a su padre. Era la persona favorita dentro de la familia. Desde muy pequeña fue al negocio de su papá porque le encantaba verlo trabajar y creer que lo ayudaba. Disfrutaba de cómo Toni trataba a la gente y de la pasión con la que se dedicaba a sus tareas. Adoraba esa vida que llevaba y ahora sentía que estaba a punto de perder todo porque sin él nunca iba a ser lo mismo. Su papá había sido la columna vertebral de esa forma de vivir, el portador de una filosofía que le rendía culto al intento de superarse permanentemente en la especialidad de uno y sin inmiscuirse en los asuntos ajenos.

En cambio, Belén siempre resintió esa parte de su estilo de vida. No le gustaba el negocio familiar. Sentía que la encerraba en un pequeño mundo de sacrificios y pocos placeres. Y su padre era el centro de ese universo, por lo que no disfrutaba tanto de su compañía. Lo amaba, como casi todas las personas que lo conocieron, pero nunca había logrado tener muchas cosas en común con él ni una profunda conexión como la que había compartido con Lola.

Teresa, por su parte, no iba a permitir que su hija menor se quebrara por completo, por lo que aguantó estoica toda la ceremonia sin derramar una lágrima. No se separó un segundo de Dolores y tampoco lloró cuando al terminar el entierro cada uno de los presentes fue a saludarla y darle el pésame.

Ni Martín pudo arrancar el rostro de Dolores del hombro de su madre. Apenas saludó con un beso a Teresa y colocó suavemente su mano en la cabeza de la joven que respondió con una mirada de agradecimiento.

La panadería *Aqua* estuvo cerrada por duelo durante cuatro días. El entierro de Toni fue un jueves, por lo que la familia del difunto decidió que el viernes, sábado y domingo siguientes el local no abriera sus puertas. Eso le dio a Martín cierto margen de tiempo para que Dolores recompusiera en parte su estado de ánimo y así poder verse en mejor forma.

La joven no había salido de su casa en todo el fin de semana, sólo algunas de sus amigas la habían ido a visitar para darle fuerzas y tratar de que despejara un poco su mente. Como si fuera parte del mismo proceso, Martín tampoco salió mucho. Sólo se juntó a tomar unos mates con Leo y Caro el sábado a la tarde.

El clima había cambiado radicalmente y vuelto a la normalidad de la vigente estación del año. Llovió fuerte, el viento sopló con dureza desde la playa y el frío obligó a encender los leños en las chimeneas de los hogares. En ese marco, nadie tuvo ganas de ni asomarse a la puerta, aunque sea, para ver si la tormenta ya había amainado.

El lunes temprano Martín fue a la panadería a ver a Dolores. Teresa le había dicho la noche anterior que su hija iba a ir a trabajar y que por eso se había acostado apenas terminó de cenar y por eso no podía atender el teléfono.

Cuando entró al local, ella estaba en la caja, cobrándole a una clienta. La vio más flaca que de costumbre y vestía colores oscuros. De hecho, todo el lugar parecía una película muda. El rostro de la joven estaba serio pero cuando lo vio a Martín dibujó una sonrisa. Cuando la clienta se retiró, él se acercó y la saludó con un rápido beso en la mejilla. Hubiera querido abrazarla pero ella estaba del otro lado del mostrador.

-Gracias por venir, por todo. Bueno, sabes bien a lo que me refiero.

-Sí, ya lo sé. De nada. Gracias a vos por esto.

-De nada.

-¿Quedamos a mano? ¿Qué te parece? -bromeó él para romper con los formalismos.

Ella volvió a sonreír y asintió con un movimiento sutil de su cabeza.

-Acompañame que con mi hermana queremos mostrarte un poco como es el trabajo por acá.

Martín la siguió hasta el fondo del local donde Belén acomodaba unas cajas junto a Javier. Los cuatro se sentaron en una mesa de madera en la que se apoyaba la pava, el mate y unas medias lunas de grasa, y hablaron sobre la función que iba a cumplir en la panadería.

Básicamente, Martín tenía que atender a los clientes ya que Belén se encargaba, casi siempre por la mañana, de lidiar con los proveedores y administrar las compras que realizaba Javier, el único que tenía auto propio. Mientras que Dolores manejaba la caja y las cuentas junto a su madre.

No era muy distinto de su trabajo en la fonda de Don López ya que tenía que tratar todo el tiempo con los clientes, acercándoles los comestibles que querían comprar. La única diferencia era que esta vez tenía que darles una mano a los empleados de cuadra, los hermanos Luis y Pablo González, dos gauchos de General Madariaga que habían aprendido a cocinar de chicos en un horno de barro.

Luego, olvidados y cansados de vivir padeciendo en medio del campo, los hermanos se mudaron a la villa donde Toni los contrató y les enseñó su oficio.

Los González eran varios años más grandes que Martín, de origen humilde, bonachones. “Son medios brutos”, opinaba Belén, quien no se llevaba bien con ellos. Sin embargo, Tincho entabló una relación muy cordial con los dos hermanos que le enseñaron en poco tiempo algunos secretos para hacer ricos panes y facturas.

El joven aprendió rápido y bien, por lo que no tardó mucho en hacerse un lugar de privilegio dentro de la estructura laboral del comercio. Después de un tiempo prolongado, Martín volvió a experimentar esa placentera sensación de haber encontrado una posición en el mundo, pero en el mundo de uno.

Septiembre fue un alivio. La primavera empezaba a anunciar de antemano su anhelado arribo y las bajas temperaturas se encasillaban sólo en los horarios extremos del día. Así, la gente en la villa disfrutaba más de la vida al aire libre. Los más jóvenes, en especial los estudiantes, salían del colegio y aprovechaban los empujones del sol de la tarde para ir a tomar unos mates a la playa.

En el aire flotaba esa dulce y pacífica sensación de que lo más duro del año ya había pasado. Se podía percibir en la calle, en los rostros y, principalmente, en la panadería *Aqua*. Martín estaba cada vez más cómodo en su trabajo. Se sintió tan bien que lo invadió el miedo de estropearlo todo, por lo que durante varias semanas decidió no avanzar sobre Dolores, quien, en cambio, recorría los primeros escalones de la alta y empinada escalera de su duelo.

La joven había estado ocupando su mente en el estudio y el trabajo, y ahora empezaba a ver la luz al final del túnel. Se la veía un poco mejor de ánimo aunque aún no participaba de las reuniones de amigos típicas de los fines de semana.

La tarde del viernes 20, Carolina fue a visitar a su amiga al local, como lo hacía habitualmente desde la muerte de Toni, para saber cómo andaba. Ese día charlaban de temas variados mientras Dolores trabajaba y la visita cebaba unos mates.

-Mañana vas a ir a la fiesta de la primavera en la playa, ¿no?

-No sé, Caro, tengo que trabajar a la tarde.

-Dale, no seas tonta. ¿Por qué no le decís a tu hermana que te cubra y te venís con nosotros aunque sea un rato? Vamos a tomar algo, escuchar música en el balneario. Va a estar bueno. Van a estar todos. Además, va a ser nuestro último Día del Estudiante.

-Está bien. Si arreglo con Belu voy.

Martín estaba cerca de las chicas y no puedo evitar oír la conversación.

-Dale, anda Lola, total yo mañana también voy a estar a la tarde acá.

-Ahí está. Si tu hermana no quiere cambiar el horario está Martín. Así que ya no tenés excusas.

Tanto Caro como Martín sabían que a Dolores había que darle un empujoncito para que saliera de su encierro que la estaba convirtiendo en la adolescente más vieja de toda la villa y, probablemente, del resto de la costa verde.

El sábado 21 amaneció soleado, ideal para disfrutar del día en la playa. Dolores finalmente había convencido, con mucho esfuerzo, a Belén de que le cambiara el horario de trabajo en la panadería. Así que poco después del mediodía salió del negocio y fue a su casa a prepararse y esperar a que Caro la pasara buscar para ir a la fiesta. Iban a estar todos sus compañeros del quinto año, los que casi se habían convertido en desconocidos para ella ya que tras la muerte de su padre había decidido no ir de viaje de egresados a Bariloche y en la escuela por esos días no se hablaba de otra cosa. La joven se sentía un poco excluida de su grupo aunque no se preocupaba mucho ya que su única verdadera amiga era Caro y esa relación estaba intacta.

Los chicos habían elegido realizar el festejo en el balneario *Charlie's club*, ubicado en una de las playas del centro, cerca de *Windsurf*, aunque era un lugar menos pretencioso que aquél. Se trataba apenas un pequeño salón rectangular donde funcionaba el buffet, un pequeño patio de cemento alisado pintado de verde para

simular un poco de pasto donde el viejo Charlie había colocado algunas mesas y un par de parlantes para pasar música.

Era una construcción muy sencilla, no un chalet alpino o un quincho con techo de paja como los paradores que se veían en las películas de Hawaii o el Caribe. Se trataba de una casa tipo americana y con paredes pintadas de blanco al estilo salpicrem. Tenía dos ventanas con marco de madera de cada lado y en la entrada principal una puerta de dos hojas haciendo juego.

Cuando Dolores y Caro llegaron a media tarde, el resto de sus compañeros ya se encontraba allí. La aparición de Lola fue festejada por la mayoría de los chicos, inclusive, por los que no se llevaban tan bien con la joven que rápidamente se les unió y por algunas horas actuó como si todo en su vida funcionase como ella realmente deseaba.

Mientras tanto, en la panadería, Martín estaba con mucho trabajo ya que Belén nunca apareció. A ésta poco le importó el arreglo con su hermana y se fue a pasar la tarde con su novio.

Cansado y de mal humor, el joven atendió a decenas de clientes que iban a comprar facturas para llevar a los picnic de la primavera. En el fondo, los envidiaba, porque quería irse de allí lo antes posible. Hasta Leo había pasado por el local para avisarle que más tarde iba a ir a *Charlie's* a ver a Caro, así que quedaron en encontrarse allí antes de que se hiciera de noche.

Al atardecer, los hermanos González ya se habían ido luego de dejar preparado la masa de algunos productos para hornear a la mañana siguiente. Entonces Martín atendió al último cliente y decidió cerrar el local e ir para el balneario. En ese momento no tenía otro deseo, quería y sentía que debía estar allí.

El sol ya empezaba a esconderse detrás de los médanos coronados de espartos y de la cada vez más nutrida cortina de cemento y hierro de los relucientes edificios, cuando Martín llegó a *Charlie's*. El viento soplaba fresco, por lo que la mayoría de los chicos empezaban a irse del balneario y así descansar un poco para luego empezar a prepararse para la fiesta que seguía a la noche en *Sabash*. Entró con el paso acelerado desde el lado de la playa y echó un vistazo para ver quién quedaba. Se preocupó porque no vio a Leo, Caro ni Dolores. Saludó a algunos de los chicos a la pasada y casi a la carrera entró al buffet, y para su tranquilidad, a quiénes estaba buscando se encontraban allí dentro, sentados alrededor de una mesa, refugiados del clima externo. Los tres tomaban una cerveza y comían maníes, y cuando Tincho se les unió en la mesa Dolores lo miró extrañada.

-¿Qué hacés acá Martín?

-Salí un poco más temprano del negocio. Espero que no te moleste.

-¿Se quedó mi hermana?

Martín calló ya que sabía que ese tema iba a traer problemas y no quería meterse en internas familiares.

-¿Y? -insistió ella.

-Cerré yo el local porque tu hermana nunca apareció. No sé que le pasó y tampoco avisó.

-¡No te la puedo creer! ¡Qué pelotuda es esta piba! Sabía que se iba a borrar. Cuando Javier la llamó para decirle que la pasaba a buscar después de almorzar me imaginé que se iba a pasar la tarde juntos y que no pensaba en ir a trabajar.

-Bueno, no te enojés. Decíselo a tu mamá y que se arreglen ellas dos. No podés estar en todo -intercedió Caro mientras Leo estaba callado, como en penitencia, y le

dirigía una mirada cómplice a su amigo que se encontraba sentado en el extremo opuesto de la mesa.

Dolores se paró enojada y le pidió a su amiga que la acompañara al baño, por lo que los dos jóvenes se quedaron solos.

-¡Ay, Martín!, flor de cagada te mandaste cerrando el local. Pero menos mal que viniste.

-¿Ah sí? No entiendo, Leo. ¿Hice bien o hice mal?

-Estuviste bien en venir porque Dolores no hizo otra cosa que hablar de vos toda la tarde. De tu laburo, de lo bien que se llevan, bla, bla, bla.... Pero ahora se calentó por lo de la hermana y encima vos que te fuiste del negocio.

-Bueno che, no es mi local, no soy el encargado de todo y suficiente que me la banqué solito y como un boludo toda la tarde porque la tarada de Belén se borró. ¿Qué más querés que haga?

-Ya sé. Te lo digo porque pensaba que este era un buen momento para que hablaras de una buena vez por todas con Lola pero ahora que está enojada no sé. Fijate.

Mientras Leo le dejaba a su amigo una duda clavada en el medio del pecho y de su mente, las chicas regresaron del baño y se sentaron nuevamente a la mesa. Dolores se veía un poco más calmada y se acomodó más cerca de Martín.

-Perdón que me enoje así. No es con vos el problema. No es tu culpa. Así que está todo bien. No te preocupes. Eso sí, la próxima vez avisame porque si mi mamá llega a llamar al local y no hay nadie me mata.

-Ya sé. Yo no tendría que haber cerrado el local sin consultar. Así que te pido por favor que vos me disculpes.

-Ya fue. Olvidate. Sólo tenelo en cuenta para la próxima.

Leo y Caro se levantaron y anunciaron que se iban porque “tenían cosas que hacer”. Lo cierto era que la pareja se había vuelto sexualmente activa y cada vez que se veían buscaban una oportunidad para quedarse los dos solos explorando su intimidad. “Después nos vemos”, dijeron a sus amigos al cruzar la puerta.

-¿Vamos nosotros también o te querés quedar un rato más? -preguntó Martín a Dolores.

-No. Mejor vamos. Se está haciendo tarde. Además, quiero ir a casa a ver cómo viene la mano, si se armó lío por lo del negocio.

Los dos salieron del balneario donde ya casi no quedaba nadie. Era prácticamente de noche y comenzaron a caminar hacia la avenida 3 para ir a tomar el colectivo. La intemperie ahora estaba helada y caminar hasta sus respectivas casas les hubiera tomado demasiado tiempo.

-¿Vas a ir a bailar esta noche a *Sabash*? -soltó él mientras cruzaban la costanera.

-No creo. Estoy muy cansada y mañana tengo que preparar unas cosas para el colegio y se me junta todo con el laburo. Así que me voy a tener que levantar temprano. ¿Vos?

-No sé. Tengo ganas. Habíamos arreglado con Leo pero también estoy un poco cansado.

-Pero mañana es tu día libre y no tenés que estudiar. Aprovechalo.

-Sí, ya lo sé.

-¿Entonces cuál es el problema?

-Mirá, para serte sincero, si vos no vas a ir, a mí no me interesa la fiesta en lo más mínimo.

Martín se detuvo y miró fijamente a Dolores, quien se había quedado callada. Pensaba su respuesta y elegía las palabras más adecuadas. Él la tomó de la mano y avanzó.

-Lola, no me interesa ver a otra persona en estos momentos.

Dolores seguía en silencio y se sentó en el cantero de la entrada de un edificio de hotel que daba a la avenida. Todavía no había decidido como responder ante aquella confesión del joven. Pero, en realidad, no había nada más de que hablar porque ya lo venían haciendo, sin darse cuenta, desde hacía mucho tiempo. Así que Martín se sentó a su lado, pasó su brazo derecho por detrás de ella, le rozó la espalda y luego, delicadamente, lo apoyó sobre su hombro. Ella suspiró y mantuvo su mirada hacia adelante. Luego giró su cabeza hacia él, que le clavó sus ojos y la besó en la boca. Después de humedecerse los labios castigados por el salitre del viento marino se abrazaron con fuerza, como si temieran caerse en un abismo o perderse en los sueños. Ninguno quería soltarse y así estuvieron por mucho tiempo, aferrándose a lo única porción de la realidad que les pertenecía.